

NORAH CARTER-MONIKA HOFF

# Un invierno en tu CORAZÓN



## **UN INVIERNO EN TU CORAZÓN**

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Ámame sin miedos*

©Monika Hoff y Norah Carter

Primera edición en Septiembre 2016

Diseño de portada y contraportada:

Edición y maquetación:

# Capítulo 1

Era una mañana diferente. Desperté sintiendo el frío de la estación invernal en la que nos habíamos adentrado. Me asomé tras el cristal, no sin antes deslizar mis dedos por ellos para quitar la humedad de tan imprevisto día de frío mientras miraba cómo las gotas de agua resbalaban por él. Pude observar cómo comenzaban a caer los primeros copos de nieve.

Sonreí al recordar la primera vez que vi la nieve. Nunca me cansaría de ella.

Llevaba ya varios días encendiendo la chimenea de mi casa, pero ese día me hacía especial ilusión hacerlo y abrir el gran ventanal para observar la belleza que causaba la nevada. Me senté en el pequeño sofá, sobre mis piernas cruzadas, junto al fuego, con mi taza de café en las manos. Era sábado y podía disfrutar de uno de mis días libres. Acababan de comenzar las vacaciones de Navidad, así que no me incorporaría de nuevo al trabajo hasta después del día de Reyes.

Di un sorbo al café sin apartar la mirada del exterior y suspiré. Esta estación del año me causaba especial ternura, siempre había sido así y era algo que nunca cambiaba. Me encantaba pasear en esas calles decoradas por la Navidad y disfrutar de todo lo que ello conllevaba: cantar villancicos con los vecinos, preparar las comidas de los días especiales, las reuniones familiares... aunque ya no eran igual desde que fallecieron mis padres, el alcohol...

Torcí el gesto, lo de beber era mejor olvidarlo, tenía una resaca monumental. El día anterior había estado de copas con mis amigos celebrando mi treinta cumpleaños.

Me daba la sensación de estar entrando en otra etapa de mi vida.

Era la primera vez que pasaba un invierno sola, apenas hacía cuatro meses que me había comprado mi casa y me había independizado, me arriesgué a hacerlo una vez que había conseguido mi plaza fija de profesora en un instituto de León. Era muy feliz por ello, además me había tocado un curso bastante tranquilo y unos compañeros inmejorables. No tenía que coger el coche para ir a trabajar, ya que mi casa estaba en una urbanización a dos calles del instituto; así que solía levantarme temprano, ducharme y desayunar por el camino en una cafetería que estaba justo enfrente de mi lugar de trabajo.

Miraba a la chimenea con una sensación muy especial, en el fondo era muy feliz con el tipo de vida que había comenzado a llevar. Por fin, después de muchos años de esfuerzo, estudiando para terminar mi carrera y llevar las oposiciones hacia delante, lo había conseguido.

Hasta me propuse no tener ningún tipo de relación seria que pudiese perjudicar a mis metas, solo tuve relaciones esporádicas. Alguna se complicó un poco, pero tenía las ideas claras. Mi carrera profesional era lo primero. Así que, cuando notaba que la relación podía írseme de las manos, cortaba rápidamente.

Terminé de beberme el café y dejé la taza en la pequeña mesita de madera donde solía comer cuando estaba sola. Que era casi siempre.

Me di una buena ducha y decidí salir a la calle a disfrutar de esa primera caída de nieve. Me abrigué bien y me puse un gorro de lana por encima de mi larga melena rubia.

Al salir a la calle puede sentir los primeros copos de nieve cayendo sobre mí, era una sensación estupenda y que me recordaba mucho a mi niñez. Empecé a pasear hasta llegar a un bar donde servían unos desayunos exquisitos, además, también era una panadería donde hacían el mejor pan de todo el lugar. Me gustaba ir a desayunar allí, lo hacía desde pequeña, pero antes siempre solía tomarme un café en mi casa.

Al entrar al local escuche una voz desde la barra que me llamaba.

— ¡Dana! —dijo un chico levantando la mano, saludándome.

Hasta que no me fijé bien no pude comprobar que era Lucas, un chico con el que estudié desde primaria hasta que acabamos el instituto y nos separamos cada uno para irnos a una carrera diferente.

— Hola, Lucas —dije feliz al verlo mientras me dirigía hacia él para saludarlo con dos besos y un gran abrazo—. Me alegro mucho de verte.

— Yo también, Dana. Estás preciosa, parece que no han pasado los años por ti.

La verdad que siempre fue muy guapo, pero ahora había mejorado mucho. Estaba increíblemente atractivo y tenía algo muy especial que le hacía muy seductor.

— Lucas, eso son los ojos con los que tú me miras, a ti también te veo muy bien.

— Gracias. Imagino que habrás venido a desayunar. ¿Has quedado con alguien?

— Sí, viene a desayunar, es un lugar al que me encanta venir. Y no, no he quedado con nadie —le aclaré.

— ¿Qué te parece si nos sentamos en esa mesa y desayunamos juntos? —sonrió, de esa manera que solo él podía hacerlo, con esa sonrisa con la que desde siempre conseguía lo que quería.

— Pues una genial idea, tengo ganas de que me pongas al día de cómo te ha ido la vida, pero por tu aspecto intuyo que no te ha ido nada mal —dije muy seria mientras lo miraba de arriba a abajo. “Vaya...”, pensé mientras me daba la vuelta y me dirigía a la mesa que había señalado.

— Bueno, hay muchas formas de ver cómo te trata la vida —nos sentamos a la mesa, uno frente al otro—. En muchas de ellas se portó muy bien. En otras... no tanto —dijo en voz bajita y guiñando el ojo.

— Así que mi niña no desayuna hoy sola.

Miré a la dulce voz que había hablado, me levanté y le di un abrazo.

— Hola, Pedro —lo besé en la mejilla y me senté.

Lo adoraba. Pedro era el dueño de la cafetería y un consejero. Le tenía mucho cariño, siempre podía contar con él cuando necesitaba hablar con alguien.

— Hola, princesa. ¿Así que vas a desayunar con este? —preguntó bromeando.

— Sí, hacía tiempo que no veía a Lucas. Creo que ya es hora de que nos pongamos al día.

— Me parece bien —asintió con su calva cabeza y se colocó de nuevo las gafas que se le habían resbalado

— Yo estaré esperando para que después me cuentes todo a mí. No me ha dado tiempo a sonsacarle nada —se quejó.

Los tres nos reímos.

— Seamos serios, tengo un negocio que atender, ¿tú lo de siempre? —me preguntó.

— Mmm... No, hoy no tengo apenas hambre —dije muy seria.

— Entiendo... El desayuno para los días con poca hambre. ¿Tú? —miró a Lucas.

— Lo mismo que ella, tampoco tengo mucha hambre.

Pedro y yo nos reímos, si Lucas supiera...

— Vale —Pedro se secó las lágrimas cuando acabó de reír—, ahora os lo traigo.

Y se fue, yo aun seguía riendo.

— ¿Por qué reís? —Lucas no entendía nada.

— ¿Te casaste, verdad? —le pregunté para cambiar de tema— Creo recordar que un día me encontré a tu hermano Eric y me dijo que iba a comprarse la ropa para tu boda.

— Sí, me casé y me fui a vivir a Alemania, ya que mi mujer era de allí. Me ofrecieron un buen puesto de trabajo en un periódico que tenía la sede en Trier, un precioso pueblo que invitaba a quedarse y no lo dudé, me lié la manta a la cabeza y me fui a vivir allí.

— ¿Y te ha ido bien?

— Bueno, no me puedo quejar. Ya no vuelvo a trabajar hasta que acabe el invierno, me vuelvo a incorporar en Abril, vacaciones más dos meses que he pedido de excedencia, ya que mi mujer Julie se ha tenido que ir hasta entonces a trabajar a Kenia

— ¿A Kenia? —pregunté asombrada.

— Sí —afirmó—. A hacer un documental que le ha propuesto un importante canal de televisión, así que le han pillado las navidades por medio y todo el invierno.

— ¿No te has podido ir con ella? — pregunté al ver la tristeza en sus ojos.

— Qué va, sólo suele ir el equipo que tienen formado. Trabajan diecinueve horas al día, yo allí no haría más que estorbar —dijo sonriendo noblemente.

— ¿Entonces has venido aquí a pasar la Navidad con tu familia?

— He venido a estar lo que dure el invierno, cuando Julie regrese a casa el veinte de marzo, yo habré llegado para recibirla, hasta entonces me vine aquí. Me apetecía estar en el lugar donde crecí, estar rodeado de mi familia, de momentos como éste de reencuentros y no pasarlo muy duro donde no hay nada que me ate ni me motive a estar solo.

— Perfecto, hiciste bien —lo entendía, estar en un lugar extraño, solo, debía ser duro— ¿Cuándo llegaste?

— Anoche, estoy instalado en el piso que mis padres tenían hace años aquí, en el centro. Permanecía cerrado para cuando alguno de nosotros lo necesitáramos. No sé si recuerdas que ellos se compraron la casa a las afueras de la ciudad. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

— Pues cogí una plaza fija de profesora en el Instituto de aquí atrás, eso fue hace seis meses y dos después me compré mi casa, que está en la otra calle —dijo sonriendo.

— Qué bueno, cuánto me alegro.

— Dos desayunos para dos que no tienen mucha hambre —Pedro nos interrumpió y empezó a poner las cosas en la mesa.

— No cambias —rio Lucas.

Me encogí de hombros y me reí con él.

— Que aproveche —Pedro se marchó tras dejar los dos cafés, zumos de naranjas, tostadas y un croissant de chocolate para cada uno.

Llevaba toda la vida desayunando lo mismo. Tuviera hambre o no, el desayuno no cambiaba.

— ¿Te casaste? —me preguntó Lucas mientras echaba el azúcar a su café.

— Qué va, aún no tengo ni novio, estoy disfrutando de mi recién puesto de trabajo y mi vida de Independiente.

— Chica lista, que una vez casado hay muchas cosas que ya no puedes hacer, por ejemplo independizarte —dijo bromeando.



— Bueno, tú te vas a independizar tres meses, así que todo es posible en esta vida, incluso cuando te casas —le eché la mantequilla y la mermelada a la tostada y le di un bocado.

— Tienes razón, pero eso no lo terminas de llegar a ver como una independencia, sino como una obligación impuesta por las circunstancias del destino.

— Veo que esta separación temporal te ha afectado, pero debes tomártelo como algo pasajero y disfrutar de estos meses donde no tendrás que trabajar y podrás dedicar todo el tiempo a lo que te apetezca hacer en ese momento. Hay miles de cosas que hacer en esta vida —le di un sorbo al café, solo el de mi casa sabía mejor—, lo que nos falta es el tiempo y a ti ahora mismito te sobra, así que aprovéchalo.

— Tienes razón, debe ser que estoy sensible porque ha sido muy reciente la separación de Julie y mía. No sé, quizás cuando pasen unos días y me vaya acostumbrando esté mejor —se encogió de hombros.

— Claro que sí, debes empezar a tomártelo todo con optimismo. Si en cualquier momento te sientes solo y tienes ganas de hablar o ir a tomar un café, puedes llamarme si quieres.

— Eso sería genial, tenemos que ponernos al día. Hace demasiado tiempo que no nos vemos.

— Apunta mi teléfono.

Cogió su móvil y lo hizo, me llamó y guardé su número en la agenda de mí.

— Gracias, Dana, seguro que te llamaré. Pasas con tu familia la noche de Navidad, ¿verdad?

— Qué va, Lucas. Mis padres murieron hace ya cuatro años y mi hermana se fue a vivir a Nueva York con su marido cuando le ofrecieron un buen puesto de trabajo como jefe en una empresa internacional. Me propusieron varias veces que fuese a pasar allí las fiestas, pero no me apetece, preferí pasarlas aquí, como he venido haciendo toda mi vida —suspiré, me daba tristeza hablar de ellos, había sido un duro golpe para mí su pérdida—. Así que me prepararé una buena cena frente a la chimenea y tendré en mi corazón a mi familia, aunque no estén presentes.

— No deberías de pasar un día tan señalado sola.

— Me apetece, estaré igual de triste en cualquier otro sitio que aquí, así que prefiero estar en mi casa y en este lugar. Estoy bien, no te preocupes.

— Está bien, si tú lo dices será porque es lo que a ti te apetece.

— Por eso mismo —dije sonriendo a pesar de estar invadiéndome la pena que me daban esos días por la falta de mis padres.

Tras pasar un desayuno muy agradable a su lado, nos despedimos prometiéndonos volver a vernos antes de él irse, de todas formas bromeamos porque seguramente día si o día no, nos encontraríamos en ese bar o en cualquier punto de una de estas calles.

Compré el pan y me fui hacia mi casa de forma diferente a la que había salido de ella, me puse a cocinar y no podía quitarme de la cabeza a Lucas, unos sentimientos muy raros empezaron a recorrerme, pensar en él me producía una bonita sonrisa, no me quería ni imaginar que me hubiese enamorado teniendo un flechazo, cuando en la época de instituto ni se me hubiera ocurrido fijarme en él.

## Capítulo 2

Desperté esa mañana de Nochebuena y me entró una nostalgia que me impedía levantarme de la cama.

Volví a esa cafetería que había estado hacía dos días con Lucas, me senté en una mesa junto al cristal para ver cómo caían algunos copos de nieve. Me acordaba mucho de él, me apetecía que en esos momentos entrase por la puerta y se sentase conmigo a desayunar, pero bueno, eran unas extrañas ideas que aparecían por mi cabeza y que no eran buenas ideas ya que él estaba casado, tampoco era plan de que empezasen a embargarme unos sentimientos que luego fuesen difíciles de frenar. Quise quitarme rápidamente de la cabeza esa estúpida idea de estar pensando en él a cada momento.

Tras un rato dándome un buen atracón de tostadas con un gran café, compré el pan y salí directa hacia la calle para entrar al supermercado a comprar algo especial para esa cena, aunque estuviese sola prepararía algo fuera de lo diario.

Llegué a casa para empezar a cocinar y quitarme esa nostalgia tan grande que sentía ese día, echaba mucho de menos el no poder celebrar esas fiestas con mi familia, aunque debía de acostumbrarme a esa idea porque mis padres no volverían nunca más, de pensarlo empecé a llorar, la tristeza era muy grande.

Recibí una llamada de mi hermana para saber cómo estaba y sobre todo para decirme que me iba a echar mucho de menos, yo también a ella por supuesto, nos tiramos una hora hablando.

Preparé para la cena unos canapés de una salsa que había preparado y que lo acompañaría con unos tropezones de salmón, además de una sopa que era muy típica en esas fechas.

Al mediodía solo comí un sándwich ya que no tenía ganas de prepararme nada y por la noche me iba atiborrar.

Pasé toda la tarde con la chimenea puesta y viendo en la tele los programas especiales que estaban echando ese día.

Justo antes de cenar decidí ducharme, al salir del baño escuché cómo me entraba un mensaje en el móvil y supuse que era de alguien para felicitarme las fiestas.

No podía creérmelo, el mensaje era de Lucas, casi me temblaba el pulso a la hora de tenerlo que abrir.

*“Hola, Dana, en media hora paso por tu casa para recogerte y no me respondas siquiera al mensaje. En cuanto compruebe que lo has leído, apagaré el móvil para no tener que leer ninguna excusa”.*

No podía creerme lo que había leído y vi como dejaba de estar online, iba a venir a por mí y seguramente sería para llevarme a casa de sus padres a cenar. Si fuera otra persona no me hubiera hecho ni gracia, pero sabiendo que era Lucas, en el fondo me agradaba la idea de pasar unas horas junto a él.

Me vestí corriendo, elegante pero informal: un pantalón pitillo de color negro y una blusa de color camel sin mangas con un lazo dejado caer en la cintura.

Al rato sonó el timbre de la puerta, me dirigí hacia ella muy nerviosa y la abrí con una gran sonrisa.

— Buenas noches, Dana, estás preciosa —dijo con una voz y un semblante muy seductor.

— Pasa, por favor.

— Veo que te has vestido y has aceptado mi proposición, de todas formas no tenías otra elección.

— ¿Dónde se supone que vamos?

— No sé, le he dicho mis padres que tenía un compromiso, así que buscaremos algún buen restaurante que sirvan unos menús especiales para este día.

— Yo ya tenía preparada la cena que compré esta mañana en el supermercado y estuve cocinando toda la tarde, si quieres nos podemos quedar aquí ya que



tengo bastante cantidad y variedad de comida preparada.

— Pues me parece una idea genial, además creo que estaremos aquí más cómodos, esa chimenea invita a tomar un buen vino — guiño el ojo mientras me lo decía.

— Pues perfecto, el problema es que solo tengo una botella de vino y no sé ni siquiera si es buena.

— No te muevas, ahora vengo, voy corriendo que aún no ha cerrado La Vinoteca de la calle de atrás —dijo mientras salía a toda velocidad por la puerta.

Yo estaba temblando de los nervios, venía extremadamente guapo, lástima que estaba cansado, sino estaba dispuesta a pasar la aventura de mi vida con él.

Aunque para ser sincera tampoco me importaría pasarla ahora, hice gesto de pena solo de pensarlo.

Me encantaba la idea de que hubiese dejado todos sus planes por venir a estar conmigo, estaba claro que lo hacía para que yo no pasase este día sola, pero si algo no te atraía de una persona o no lo hacías de corazón, no llegabas a cambiar ese día por estar al lado de alguien que no te interesaba, ese detalle me había hecho sentirme especial y muy feliz.

Diez minutos después volvía a llamar a la puerta, al abrir pude comprobar que venía cargado con dos bolsas ecológicas de cartón llenas de botellas de vino.

— Pero qué exagerado eres, Lucas, si bebemos todo esto, terminamos en el hospital con un coma etílico —dije horrorizada al ver tantas botellas.

— Más vale que sobre, que falte, las que sobren en la cena, las guardas de reserva para otra ocasión no verte desaviada —dijo guiñándome el ojo.

— Bueno, lo que sobre puedes venir otro día a cenar y la gastamos, aún te queda todo el invierno en este lugar.

— Pues sí, además tuve la suerte de reencontrarme contigo, así ahora todo este tiempo se hará más ameno y más soportable.

No sabía cómo interpretar eso, si era porque le hacía ilusión pasarlo a mi lado porque conmigo se le pasaría el tiempo más ameno, ya que lo estaba pasando muy mal por la separación de su mujer durante este tiempo.

— Me alegro de que lo veas así —contesté mientras sacaba dos copas y le daba un descorchador de botellas para que la fuera abriendo.

Se sentó en la mesa de la cocina con las dos copas mientras yo preparaba la comida, ya que había que calentarla y ponerla bonitas en los platos, así que lo mandé a sentar para prepararlo yo todo, no quería que me ayudase.

— Sinceramente, me siento más a gusto aquí y relajado que si hubiese estado en la cena con mi familia —dijo mientras me daba la copa para que le diese un trago.

— Bueno, no será para tanto Lucas —dije mientras le daba un trago para posteriormente colocarlo en la mesa y seguir preparando la comida.

— Evidentemente me gusta cenar con mi familia, pero está claro que esta noche se vuelve un poco caótica, me apetece más este tipo de relax y con tu compañía que es inmejorable, siempre no se tiene esta oportunidad.

— Bueno, si nos bebemos todo el vino que te has traído seguramente esto puede ser un caos, menos mal que no tenemos que conducir y podemos quedar redondo en el sofá o dónde nos pille —dije bromeando.

— Lo mismo hasta terminamos de fiesta por la ciudad de pub en pub —dijo riendo y levantando la copa.

— Pues mira, no sería mala idea, sería recordar la juventud que ya con el paso del tiempo vamos perdiendo, recuerdo perfectamente cuando eran las navidades y cenaba con mis padres y luego me iba con mis amigos de fiesta.

— Claro, era la época que todos vivimos en una cierta edad, pero hoy la vamos a volver a revivir, tras la cena nos vamos de fiesta —volvió a guiñarme el ojo.

— Me apunto, toda esta zona está llena de pubs y no nos veremos en la obligación de conducir. Me parece genial la idea.

Preparé la mesa en el salón frente a la chimenea, en la mesa pequeña para sentarnos en unos pufs, me dijo que le apetecía más ahí y que haría más íntimo el momento ya que éramos dos solos y en una mesa tan grande iba a parecer muy frío todo.

En la cena estuvimos charlando sobre su vida en Alemania y lo distinto que era a la vida aquí, aunque en el pueblo en el que él vivía era muy tranquilo, casi tanto como mi ciudad.

— ¿Sigues aquí, Dana?

Lo miré cuando chasqueó los dedos delante de mí.

— Claro, ¿dónde iba a estar? —carraspeé cuando volví a la realidad.

Me había quedado embobada mientras me contaba cosas de su vida en territorio germano. Me mordí el labio para aguantarme la risa, algo inútil. Empecé a reírme a carcajadas, todo de los nervios que tenía.

— ¿Dije algo gracioso? —preguntó mirándome con cara de asombro.

— Yo... esto... —no podía hablar, si su cara era un poema por no entender lo que pasaba, no quería ni imaginarme cómo había sido la mía mientras lo miraba.

Ya te vale, Dana, compórtate, pensé mientras dejaba de reír y me levantaba del suelo después de aceptar su mano como ayuda.

— Pues la verdad es que no me enteré de nada de lo que me dijiste —solté con esa cara dura que Dios me había dado.

— Te contaba sobre el accidente —dijo muy serio de repente.

— ¿Qué accidente? —ahí se me cortó el cuerpo de repente. Yo riéndome y él hablándome sobre algo serio.

Joder, Dana, no tienes perdón, pensé mientras mi cara se descomponía.

Un destello de humor pasó por sus ojos.

— Serás capullo... —le di un golpe en el hombro— No vuelvas a jugar con esos temas.

— Vale, lo siento —levantó las manos en señal de rendición.

Lo miré malamente y resoplé. Yo podía reírme absolutamente de todo, incluso de mí misma. Pero había ciertos límites.

— Venga, no te enfades. Vámonos a quemar la ciudad —me guiñó un ojo y agarró mi mano.

Me solté rápidamente.

— Espera que me cambie —dije horrorizada y salí corriendo hacia la habitación.

Abrí el armario y empecé a buscar. Al final me decidí por un vestido rojo, por debajo de las rodillas, con cuello de cisne y bastante ajustado. Me puse frente al espejo, me retoqué el maquillaje y me arreglé un poco el pelo.

Me quedé mirando el resultado final y sonreí. Estaba vestida directamente para matar. Salí del cuarto y, antes de llegar al salón, tuve que darme media vuelta al ver que iba descalza.

Tras dudarle, acabé cogiendo los tacones que me había regalado mi madre antes de fallecer. Unas lágrimas empezaron a asomarse por mis ojos, respiré hondo. No era momento para eso.

— Vaya, no sé qué decir —dijo Lucas cuando me vio aparecer de nuevo.

Tenía los ojos abiertos de par en par y me miró de arriba abajo, dándome un repaso.

Yo sabía que ese vestido llamaba la atención, pero ver la aceptación en su mirada me subió el ego.

— No hace falta que digas nada —cogí mi abrigo, mi bolso y abrí la puerta. Lucas me seguía muy de cerca.

Me ayudó a colocarme el abrigo antes de salir y nos fuimos caminando hacia la zona donde estaban todos esos pubs que pensábamos cerrar.

Comenzamos a beber y yo, que se me subió ligero a la cabeza, me puse a bailar en medio de la pista del pub. Varios chicos se acercaron a mí, intentando llamar mi atención.

Lucas llegó a mi lado rápidamente, haciendo que todos los demás se alejaran. Bailó un rato conmigo, cerca pero sin llegar a tocarnos. Me sorprendió ver lo buen bailarín que era. El recuerdo que tenía de él era de un chico sin mucho arte en el baile.

— ¿Cuándo aprendiste a bailar? —chillé para hacerme escuchar por encima de la música.

— Es un secreto que nunca te contaré —me gritó mientras me guiñaba un ojo.

— Eso lo veremos —repliqué yo en plan chula, retándolo.

— Ya veremos si eres capaz de lograrlo, Dana —dijo mirándome intensamente.

Un calor empezó a apoderarse de mí. La verdad que ese chico me gustaba y bastante. Pero tenía que recordar que estaba casado.

Estuvimos bailando y bebiendo varias horas. Cada vez estábamos más cerca y las miradas eran más íntimas. Varias veces tuve que apartarla por miedo a mostrar demasiado o a hacer algo de lo que me pudiese arrepentir.

Lucas fue todo un caballero, estuvo pendiente a mí toda la noche, en ningún momento me sentí sola ni me faltó de nada.

Sobre las seis de la mañana llegamos a mi casa.

— Gracias por esta noche —Lucas rompió el silencio que se había adueñado de nosotros durante todo el camino de vuelta.

— No tienes que agradecerme, Lucas —negué con la cabeza—. Los dos lo hemos pasado genial y es lo que importa.

— Sí, tienes razón —metió sus manos en los bolsillos de los pantalones, como si estuviera nervioso y no supiera qué hacer con ellas—. Pero necesitaba divertirme, hacía bastante que no lo hacía. Menos en unas fechas como estas.

— Pues ya lo hiciste —sonreí—. A mí también me hacía falta —le confesé.

— Nunca cambies, Dana. Eres espectacular.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Se dio la media vuelta y se marchó, sin darme tiempo a contestarle.

Entré en casa y me quité los zapatos. Hice un gesto de dolor cuando mis pies tocaron el suelo.

Antes muerta que sencilla...

Tras prepararme para dormir, me tumbé en la cama. Había bebido demasiado y no podía pensar con claridad, pero todo había sido perfecto.

El único problema era que Lucas me estaba gustando más de la cuenta.

## Capítulo 3

Miré el reloj y eran las dos de la tarde, tenía una resaca monumental y no tenía fuerzas para levantarme de la cama, miré el móvil y tenía un mensaje de Lucas de hacia media hora, una sonrisa iluminaba mi cara pese al resacón tan grande que tenía.

*“Hola, preciosa, cómo deseo con todo mi corazón volver a repetir una noche tan divertida como la que pasé anoche junto a ti, gracias por haberme dado un día tan especial como el que fue ayer, Feliz Navidad”.*

Mi corazón dio un vuelco y comprobé que estaba en línea, así que me decidí a responderle.

*“Feliz Navidad, Lucas, gracias por haber compartido conmigo este día, gracias a ti se me olvidaron las melancolías y las tristezas que habían ha aparecido en mi durante el día. Cuando quieras repetimos”.*

Me quedé mirando al móvil viendo que lo estaba leyendo ya que se habían puesto las dos líneas azules del Whatsapp, estaba rezando porque me volviese a contestar.

*“Cuando estés triste solo me tienes que llamar, que antes que me hayas enviado el mensaje ya estoy tocando el timbre de tu puerta”.*

En ese momento se me estaba cayendo toda la baba, me estaba haciendo ilusiones o es que él era tan correcto y dispuesto que quería que no me sintiese triste

*“Gracias, Lucas, disfruta de la comida con tu familia, espero y deseo que tengas un precioso día”.*

Vi como empezaba a escribir seguidamente.

*“Espero que tú también tengas un bonito día, al menos tranquilo, recuerda que es un día muy especial y la Navidad sorprende a todo el mundo, espero que contigo también lo haga”.*

Me dieron ganas de contestarle que ojalá Papá Noel me lo trajese de nuevo a mi lado, pero evidentemente no pude poner eso ya que tenía que guardarle un respeto por su situación sentimental, así que me entró la risa y me contuve de volverle a contestar.

Me fui a la cocina y lo último que se me ocurría era comer, así que me tomé un buen zumo de naranja y luego un gran vaso de café, evidentemente me tuve que tomar una pastilla para aliviar el dolor de cabeza que tenía debido a la resaca.

Pasé el mediodía fantaseando con él, se me ponía una cara de tonta que me daba cuenta de que mi corazón palpitaba más rápido de lo normal, me puse las manos en la cara solo de pensar que me podía estar enamorando de él, me dije mil veces que no podía ser así, que intenté pensar en otra cosa.

Mientras me tomaba otro café, empecé a llenar la bañera y echarle unas pastillas de sal relajante y unos líquidos para hacer un baño tipo spa, me encantaba llenar de productos la bañera.

Me metí en ella con un cigarro en la mano, tenía ganas de relajarme, de repente escuche la melodía del Whatsapp, agarré el teléfono, que lo había puesto al lado de la bañera. Era de Lucas, esta vez era una foto del tipo selfie con un mensaje abajo que ponía Feliz Navidad. Me hizo mucha gracia que me hubiese mandado esa foto, así que me tiré una en la bañera con el cigarro pero que no se me viese nada, por supuesto, se la envió poniendo: *“Aquí estoy de relax, Feliz Navidad”.*

Me quedé un rato esperando a ver si me contestaba pero no dijo ni por ahí te pudras, eso me entristeció mucho ya que le había enviado una foto graciosa y ahora me estaba quedando rayada por si a él le había parecido inapropiada. Me quedé un rato disfrutando del baño cogí y me salí, estaba enfadada conmigo misma porque había pensado que le había podido molestar ese tipo de foto, quería enviarle un mensaje pidiendo disculpas, pero ya ni eso me atreví a hacerlo, así que decidí pasar y que fuese lo que Dios quisiera, esperaba que en cualquier momento me pudiera escribir.

Pasé la tarde tirada en el sofá con mi pijama nuevo que me había comprado para ese día y era muy cuqui, me encantaban que fuesen como de algodón, como si fuesen unas mallas, en plan tipo chándal, me lo había comprado en Woman Secret y era de color rosa, allí estaba yo loca de contenta con mi pijama pero con una tristeza

bestial por no saber si de verdad había metido la pata con ese mensaje.

A las ocho de la tarde me sobresaltó el timbre de la puerta, miré por la mirilla y me quedé asombrada porque era él.

- Abre, petarda, que sé que estás ahí, te he escuchado —dijo bromeando.

Madre mía, no me daba tiempo ni a cambiarme y estaba yo ahí con ese pijama de niña chica que parecía una joven en la edad del pavo, me estaba entrando la risa de pensarlo pero ya me daba igual, cogí y abrí la puerta.

Al verme en pijama empezó a negar con la cabeza y le entró la risa.

— Llego tarde, pensé que aún estabas en la bañera —dijo bromeando.

— Pasa, anda, ni que fuera un pato para estar todo el día ahí metida —dije riendo.

— He traído un poco de comida de la que ha preparado mi madre al mediodía, está deliciosa y la ha preparado con mucho amor para nosotros y a que le dije que iba a ir a cenar con una amiga del colegio. El saber que eras tú le hizo mucha gracia y me dijo que ella se encargaba de la cena —dijo mientras ponía las bolsas en la mesa.

— Muy amable tu madre, siempre me ha caído bien.

— Por cierto, como ves me he colado por toda la cara, eso te pasa por mandar selfie indebidos que hacen que cualquier hombre salga corriendo hacia tu casa.

— Bueno, a cualquiera no se lo mandaré.

— Me encanta escuchar eso, Dana —dijo mientras se venía hacia mí para darme un abrazo acompañado con un beso en la frente.

Ya me hubiera gustado a mí que me lo hubiese dado en los labios, pero se veía que lo hacía de forma amigable y cariñosa, tal como él era.

- Hoy preparo la cena yo así que siéntate frente a la chimenea que me encargaré yo de todo —dijo señalando hacia ella para que me quitase ya de en medio.

Le solté una sonrisa y me fui hacia allá, seguidamente vino el con dos copas de vino y las puso en la mesa, venía acompañado con unas patatas de aperitivo.

Puse un canal de música que era muy variado y sobre todo emitían canciones latinas, así escucharíamos los temas actuales además de que la música es una de las mejores compañías para poner mucha armonía en algunos momentos.

Preparó una mesa espectacular llena de mariscos, jamón y unos solomillos al Tío Pepe que había preparado su madre, que por cierto era uno de los mejores que había probado en mi vida, estaba toda la comida deliciosa, y más en su compañía que todo sabía mejor.

Estuvimos charlando todo el tiempo sobre las personas que habían estudiado con nosotros, recordando viejos momentos que habíamos pasado en nuestra época de estudiantes.

Cada vez se iba notando que él me miraba de forma diferente y que siempre tenía una sonrisa en su cara, eso me hacía dudar entre si era siempre así o yo era la causante de ella, la verdad es que soñaba que fuese lo segundo, sobre todo era lo que esperaba.

Empezó a mirar todas las películas que yo tenía en mi colección ya que era una obsesionada de ellas, me encantaba verlas, además que todos los géneros me gustaban.

Saco dos películas que me propuso ver ese día y le dije que me parecía perfecto, que se pusiese como de que si le apetecía se podía quedar a dormir. La verdad que lo había dicho en plan broma pero a él le hizo mucha gracia y aceptó rápidamente la idea.

Siempre que sea en cenas separadas... me miré con los ojos levantados, como si no fuera una abogada sexual o estuviera loca por sus bucos

— Siempre que sea en camas separadas —me miró con las cejas levantadas, como si yo fuera una obsesa sexual o estuviese loca por sus huesos

La verdad es que era así, no voy a negarlo, pero me hizo mucha gracia cómo lo dijo, sonó como si fuera una doncella del siglo XVIII, casta y pura que esperaba llegar con su virtud intacta al matrimonio.

— No se preocupe, Milord —le respondí también muy seria— Su virtud está a salvo conmigo.

Lucas empezó a reír y a negar con la cabeza.

— Tienes salida para todo —me puso el brazo alrededor del hombro y nos acercó hasta el sofá—. Venga, señorita, veamos si eres capaz de aguantar viendo una película sin dormirte y sin hablar y contarme lo que va a ocurrir.

— ¿Con qué tipo de mujeres has estado tú? —reí cuando dijo eso.

— Seguro que con ninguna como tú —se sentó a mi lado y yo me callé inmediatamente. Esa respuesta me había dejado en shock.

No sabía qué quiso decir con eso, o si era una buena señal o no. Pero algo dentro de mí me decía que sí, que quizás yo sí era especial para él. Y aunque sabía que estaba casado, rezaba para que fuese algo más que una amiga.

Media hora después yo ya estaba desesperada en el sofá, no sabía qué postura coger para no quedarme dormida. Menudo bodrio de película había elegido. Y mira que tenía donde elegir, pues no, el señor había elegido una del oeste que regalaban con el periódico. Eso no había ser humano que se lo comiera.

Lucas carraspeó, como diciendo que iba a ganar él.

— Tengo hambre —salté del sofá y corrí a la cocina.

Lo primero que hice fue abrir el frigorífico, abrir una lata de Red Bull y beber un largo sorbo. La gente decía que eso los mantenía despiertos y yo había comprado algunos para probarlos las noches en las que me quedaba corrigiendo exámenes. Solo que no me había hecho falta usarlos.

— ¿Rebuscando entre las sobras de Nochebuena?

No lo había escuchado acercarse, ni siquiera entrar en la cocina. Me di la vuelta rápidamente por el susto, pegando un salto, llenando su camisa de Red Bull antes de que la lata cayera al suelo y se derramara.

— Oh, mierda —gemí al ver el destrozo que había hecho y con la mano en el corazón.

— Ya veo que comida no era —se rio Lucas al ver la lata en el suelo—. La que has liado por no dormirte —empezó a descojonarse y yo, sin poder evitarlo, también.

Estuvimos los dos riendo sin parar durante varios minutos.

— Anda, quítate la camisa mientras limpio todo este desastre —dije cuando dejé de reír.

— ¿Tienes ropa de hombre para dejarme? —su tono sonó entre sorprendido y enfadado.

— Hay cosas que son mejor no saber —le contesté yo— Espera aquí.

Salí de la cocina y me acerqué a coger una blusa que tenía en uno de los cajones de mi cómoda. Era de hombre y me la compré porque me gustó el dibujo que tenía. Me la ponía muchas veces para andar por casa. Pero como él había malpensado rápidamente, no iba a ser yo quien le dijera la verdad.

Al entrar en la cocina ya estaba con desnudo de cintura para arriba y limpiando con la fregona el desastre.

Me quedé como tonta mirando ese torso.

Ay, señor, cómo estaba ese hombre. Como para no dejar idiota a cualquiera... Se notaba las horas que pasaba en el gimnasio, eso seguro.



— Toma —le dije cuando levantó la mirada y me vio mirándolo. Me acerqué a él y le di la camisa.

Una sonrisa curvó sus labios.

— Vaya, pues quien sea tiene buen gusto —dijo cuando se la puso.

La verdad que le quedaba que ni pintada, parecía que estaba hecha para él. O eso o a ese hombre le sentaba bien todo.

Creo que sí, sería más bien lo segundo.

Terminamos de limpiar, preparé unas palomitas y volvimos a sentarnos en el sofá.

— Puedes dormirte si quieres —bromeó de nuevo.

— Y cualquiera lo haría con esta película —dije borde.

— Eso aperaba —se rio él.

Le di un manotazo en el hombro al entender que lo había hecho a posta. Dejamos la película puesta y empezamos a hablar de cómo teníamos pensado pasar los siguientes días. Celebrar el Año Nuevo siempre era una fecha especial y a este paso me estaba viendo sola de nuevo. Volví a sentirme triste.

De repente, me propuso que al día siguiente me fuese con él a pasar unos días en unas cabañas que había en un pueblecito a las afueras de la ciudad, yo me quedé impactada por esa proposición pero acepté inmediatamente, me dijo que volveríamos el día dos y pasaríamos allí el fin de año.

Vaya planazo me había acabado de proponer Lucas, aunque sin esos momentos me proponía irme debajo de un puente, también hubiese aceptado con tal de estar a su lado.

Decidimos que por la mañana, después de desayunar saldríamos de mi casa, iríamos a la suya preparar su maleta y de allí nos iríamos hasta la sierra.

Con todos los detalles ya preparados, me levanté y elegí una película: Gladiator. Lucas suspiró y me dio a entender que no le hacía mucha gracia. Pero a mí me daba igual, era una de mis películas favoritas y la había visto miles de veces, pero nunca me aburría. La puse en el reproductor y me senté de nuevo en el sofá.

Lucas, rato después, me pasó el brazo por los hombros y me hizo acomodarme en su pecho. Fue un gesto muy bonito y que me llegó al alma. Estaba bastante cansada pero prefería quedarme ahí, con él. Además que estaba muy nerviosa de pensar la semana que me esperaba a su lado, por nada del mundo cambiaría ese planazo.

Los ojos se me cerraban, así que como estaba a gusto, decidí dejarme llevar por el sueño.

## Capítulo 4

Nos levantamos a las diez de la mañana después de haber dormido en el sofá los dos, se levantó con una preciosa sonrisa en los labios dándome los buenos días y acercándose a mí para darme un abrazo y un beso en la frente.

Nos pusimos a preparar el desayuno, estábamos muy contentos de irnos a perdernos a una cabaña unos días, me parecía un gesto muy generoso y precioso por su parte pasar el resto de las fiestas a mi lado y sobre todo el fin de año, si me lo hubiesen dicho meses atrás, me hubiese ahorrado muchísimo tiempo de pena de pensar que iba a pasar las peores navidades de mi vida, sin embargo se estaban convirtiendo en toda una sorpresa.

Tras el desayuno me duché y preparé mi maleta de viaje, él se quedó en la cocina recogiendo todo mientras yo dejaba mi equipaje listo para podernos ir.

Fuimos hacia su casa en su coche y me quedé en la ventana de la cocina fumándome un cigarro mientras él se duchaba y preparaba su maleta.

A la una de la tarde estábamos saliendo directos para la sierra, nos llevaría llegar apenas una hora y poco.

A mitad del camino paramos a comer en una venta que había a pie de carretera, Lucas estaba muy bromista y no paraba de echarme miradas que, por mi intuición de mujer, me hacían descifrar que estaba jugando a seducirme, yo le seguía el juego de las miradas, apenas nos hacía falta hablar para entendernos y nos daba muchos ataques de risa a causa de ello.

Aunque era cierto que había muchos momentos en el que él nombraba a su mujer, recordándola, era como que me daba una de cal y otra de arena, pero yo estaba feliz disfrutando de esos momentos junto a él ya que se había convertido en una persona muy importante para mí en apenas pocos días.

Llegamos por fin al lugar y nos alojamos en las cabañas rurales que había en un entorno fascinante, al llegar nos dieron las llaves y comprobamos que solo había una cama de matrimonio, además del salón la cocina y un porche precioso para pasar largos ratos en él.

Tras llegar colocamos las maletas y nos fuimos directos a buscar un supermercado para comprar todo lo necesario para pasar una semana encerrados en ese entorno inmejorable como era el alojamiento que habíamos escogido, indudablemente saldríamos algunos días a comer o cenar por ahí, incluso a hacer alguna excursión, pero en principio nuestra base iba a ser la cabaña.

Llegamos al supermercado más grande que encontramos por aquella zona, que sería como una tienda de mi barrio pero llena de todos los productos necesarios para hacer una buena compra, cogimos una cesta cada uno de estas tipo carro y empezamos a echar todo lo que se nos iba apeteciendo, incluso compramos bastante carne para hacer alguna que otra barbacoa.

A mí se me caía la baba ir con Lucas comprando lo necesario como si fuéramos un matrimonio, él me echaba unas miradas que me ponían a mil por hora pero no podía reaccionar ni comérmelo a besos y hacer nada de lo que se me apeteciese.

Vaya suerte la mía encontrar ahora a alguien que le diese un vuelco a mi corazón y encima estuviese felizmente casado, me maldije mil veces.

Una vez que llegamos a la cabaña empezó a colocar velas aromáticas por todo el salón, me dijo que por la noche le daría un punto muy chulo a ese alojamiento de madera.

Tras la cena nos salimos un rato al porche a tomar un Gin Tonic.

— Jamás imaginé que el invierno se fuese a convertir en tan bonito en tan poco tiempo —dijo ante mi asombro.

— Me alegro de poder contribuir en la medida de lo posible para que eso sea así, para mí también están siendo unas fiestas muchísimo mejor de lo que jamás hubiese esperado para este año.

— Vámonos a aquel balancín —dijo señalando un gigante columpio lleno de cojines que había frente a nuestra cabaña.

Llegamos a él y pusimos las copas en una especie de mesa bidón que había en un lado del balancín donde se había sentado él, me dijo que pusiese la cabeza en sus piernas y me tirase mirando las estrellas, así que fui yo a echarme boca arriba en sus piernas mientras él me hacía un masaje en la cabeza y empezaba a contarme un

montón de anécdotas que había vivido en muchos viajes que había hecho a lugares salvajes, metido en medio de la naturaleza.

Se me ponía todos los vellos de punta solamente con el roce de sus dedos, me estaba causando una tensión sexual que subía por momentos, lo peor de todo es que tenía que disimular y hacer como si nada ocurriese. Cada vez que me acordaba de su mujer, la maldecía mil veces, tenía la puñetera suerte de tener al hombre que yo deseaba.

— ¿Me vas a echar de menos cuando yo vuelvo a Alemania? —dijo sonriendo.

— ¿Quién te ha dicho a ti que te voy a dejar marchar? —dije bromeando.

— Si no estuviese casado y solamente estuviese en Alemania por trabajo, te garantizo que no volvería para allá, que me quedaría aquí contigo.

Esa frase me había dejado caos, era evidente que estaba muy feliz con su mujer y que por nada del mundo dejaría esa vida por mí, pero me conformaba con saber que podía pasar un invierno en su corazón, aunque realmente me dolía en el alma no poder disfrutar de él de las forma que hubiese pasado si no estuviese casado.

— Me encantaría que te quedases aquí, a mi lado, aunque entiendo que eso jamás podrá ser, pero me alegra mucho poder pasar este invierno contigo o al menos el tiempo de él que me permitas estar a tu lado.

— Tranquila, iré a acosarte al trabajo hasta la hora del descanso, te regalo este invierno hasta que tú te hartes de mí.

— No creo que me harté de ti, me aprovecharé de la forma tan bonita y galante que tienes de tratarme —dije guiñándole el ojo mientras él seguía acariciando mi cabello.

— Desde que conocí a Julie jamás sentí la necesidad y comodidad de estar con una mujer como estoy ahora contigo, evidentemente me acuerdo de ella mucho y la echo mucho de menos, pero tú haces que todo sea más especial y llevadero y me siento muy cómodo a tu lado.

Sus palabras a veces las veía favorable y otras como dos puñales que se clavaban en mi corazón y me dejaban bien claro que ella iba a estar siempre ahí, la verdad que era su mujer y yo no tenía derecho a reprochar ni enfadarme por ello, pero me daba mucha rabia no poder disfrutar de una relación que hubiese sucedido en otras circunstancias.

Estuvimos en el balancín cerca de dos horas hasta que cogimos y nos metimos en la cabaña a ver una película, era una comedia romántica donde paradójicamente una chica se enamora de un hombre casado, nos reímos mucho porque hizo lo impensable para conseguir el amor de ese hombre.

— A ti ni se te ocurra hacer esas cosas —dijo bromeando.

— Qué va, yo las hago peores —dije chuleándole

— Bueno, pues por ahora estoy viendo que te estás portando muy bien, espero no tener que tener el teléfono a mano para llamar a emergencia a la policía.

— Pues me puedes llamar a todas las fuerzas de seguridad de España, que vengan en manada que yo saldré liderándoles.

— Ya será menos.

—No me pongas a prueba, Lucas, no me pongas —dije riendo.

— Tienes todo un invierno.

— Me estás diciendo que quieres aprovecharte de mí durante el invierno y luego dejarme aquí tirada, ¿verdad? —seguí bromeando.

— Si me quisiese aprovechar de ti, ya lo hubiese hecho desde un principio, ¿no crees?

— Lo sé Lucas, lo sé, estamos bromeando, yo también respeto el hecho de que estés casado y que seas feliz puesto que es evidente que lo eres, pero no me importará estar en este estado, todo el invierno en tu corazón.

En esos momentos me agarró para que me levantara y me dio un fuerte abrazo diciendo que nos fuéramos a la cama, ya había acabado la película.

Una vez en la cama me echó sobre su pecho y siguió acariciando mi cabello y así me quedé dormida, fantaseando que sucedería algo más que esas simples caricias.

Por la mañana despertamos abrazados, me di cuenta que había estado vagueando encima de él. ¡Qué horror, por dios! ¡Qué poco glamour!

Fuimos a preparar un gran desayuno y en ese momento le sonó el teléfono a Lucas, al estar en la mesa pude comprobar que ponía la palabra amor, así que se suponía que era indudablemente su mujer, él me guiñó el ojo y me pidió permiso para salir fuera a hablar, por supuesto le dije que adelante.

Por los cristales de la cocina podía verlo a él hablar sentado en el balancín, se le veía con una preciosa sonrisa, ella rara vez podía llamarlo así que a él le hacía mucha ilusión cuando conseguía que sonase su teléfono y fuese ella.

Esperé para servir el café hasta que él terminase de hablar pues no sabía cuánto tiempo iba a durar, aunque las tostadas ya estaban calientes y las dejé encima puestas, sobre la tostadora apagada.

Tras una larga espera, por fin entró por las puertas con una sonrisa de oreja a oreja y diciendo que estaba muerto de hambre y que iba a empezar por el pan, que ya luego vería por donde terminaría, cosa que a mí me hizo mucha gracia y me entró un ataque de risa de los nervios.

Nos fuimos a pasar el día a una especie de embalse con todo tipo de canoas y motos acuáticas, aunque hacía mucho frío, el tiempo estaba bien para poder disfrutar de ese tipo de deporte, alquilamos dos trajes de neopreno y cogimos una moto acuática para hacer todo el recorrido de aquel lugar.

Pasamos un día estupendo, incluso paseamos por algunos pueblos que había por allí alrededor y estuvimos tapeando y tomando cervezas, cuando íbamos caminando, él me llevaba siempre agarrada de la mano o por el hombro, estaba en continua actitud cariñosa conmigo, yo ya no sabía cómo pedirle a todo el universo para que consintiera en ayudarme a que Lucas me entregase al menos un solo beso. Evidentemente yo no invitaría a eso, pero si él lo hiciera me iba a dejar llevar como alma que llevaba el diablo.

Esta noche vimos otra películas y volvimos a dormir abrazados sin que volviese a suceder nada; besos, abrazos y caricias, era un continuo derroche por su parte, yo notaba que él sentía deseos por mí pero su relación ponía una barrera infranqueable entre nosotros.

Pasamos esos primeros días estupendamente, ya era día 30, al día siguiente terminaría el año y lo empezaría también con él.

Nos fuimos a comprar todo lo necesario para que al día siguiente no tuviéramos que ir con las prisas y además que estaría todo muy colapsado de personas comprando las últimas cosas de comida a la bulla.

Llegamos a la cabaña repletos de bolsas. Habíamos comprado de todo, incluso detalles para adornarla la noche de fin de año. Lucas se preocupaba por cualquier mínimo detalle. Mientras comprábamos y llenábamos la cesta y yo le decía que para qué tanta parafernalia, él se limitaba a decir que estas tenían que ser unas navidades para recordar toda la vida y que no iba a faltarnos de nada. Yo sonreía, la verdad que era muy detallista y eso era lo que más me gustaba de él, así que lo dejé comprar lo que quiso para que sintiera que todo era especial.

Claro que para mí ya lo era, no necesitaba lo material para sentirme más feliz. Estaba con él en una cabaña, solos, disfrutando de unas preciosas navidades cuando había pensado que serían de lo más tristes.

Coloqué todo en el frigorífico y el mueble que hacía de despensa mientras Lucas decoraba la cabaña a su gusto. Una gran sonrisa apareció en mi cara cuando vi el resultado final, todo era perfecto.

— Estás preciosa cuando sonríes —lo miré, su tono seductor me puso la piel de gallina.

— Gracias —un calor empezó a extenderse por mi cuerpo.

¿Qué me estaba haciendo ese hombre?, pensé. Me tenía completamente encandilada.

— ¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunté cuando vi que se mantenía callado, solo mirándose.

Me gustaba que lo hiciera pero estábamos jugando con fuego y podríamos quemarnos. Y aunque era lo que yo más deseaba, sabía que sufriría cuando se marchara. En ese momento, tal como se habían dado las cosas, ya iba a sufrir... Así que decidí aprovechar cada momento que pudiera pasar con él, sin pensar en nada, solo en

nosotros.

— ¿Qué te apetece hacer a ti? —me preguntó.

Me crucé de brazos y me apoyé en la pared.

— Hemos venido aquí a relajarnos y disfrutar. Lo único que me apetece es estar contigo, tranquila, nada más —me encogí de hombros, para qué mentirle—. ¿Qué te parece si hacemos una barbacoa?

— Estupendo, tenemos demasiada carne para cocinar. Ve sazonándola mientras yo busco el chisme ese y lo enciendo —dijo refiriéndose a la barbacoa.

Una hora más tarde teníamos la carne sobre la mesa que colocamos afuera de la cabaña.

— No pienso comerme eso —reí al ver la carne.

— Solo se hizo demasiado —rio él—. Anda, que está muy buena —cogió una costilla y le dio un mordisco. Su cara fue para verla, pero se la tragó, cabezota era un rato.

Yo me quedé mirándolo alucinada, me estaba dando hasta fatiga verlo morder la carne chamuscada.

— ¿No decías que eras un experto en barbacoas? —pregunté mientras me servía un poco de ensaladilla casera que habíamos comprado.

— Y lo soy —dijo muy digno—, lo único que ese cacharro me tiene manía.

Empecé a reírme al recordar cómo se había “peleado” con él para intentar encenderlo.

— Mmmm... —le di la razón como a los locos— ¿Un poco de ensaladilla?

Me miró como si hubiera visto al demonio en persona, todo por darle otra opción a comerse la carne quemada. Meditó unos segundos y acabó acercándose el plato.

— La próxima barbacoa será mejor —me aseguró.

Me puse triste inmediatamente sin poder evitarlo. No habría muchas más, al menos no para nosotros dos juntos. Nuestros días allí estaban llegando a su fin y, cuando el invierno acabara, él volvería con su mujer. Lejos de mí.

— Dana, mírame —me dijo hablando bajito.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

— No quiero verte triste, vamos a disfrutar de estas fiestas que serán inolvidables, ¿vale?

Vi el dolor en su mirada también, sabía exactamente qué estaba pensando.

Asentí con la cabeza y sonreí.

No tenía que darme explicaciones, nosotros no éramos más que dos buenos amigos y él no tenía la culpa de lo que yo estaba sintiendo por él. Así que iba a disfrutar junto a él todo el tiempo que pudiese, al menos me quedaría ese recuerdo.

Sí era cierto que muchas veces notaba entre nosotros un vínculo muy fuerte, incluso bromeábamos. Y que él había dicho y hecho cosas que me llevaron a pensar que quizás estuviera enamorado de mí.

Pero no había ocurrido nada, él seguía casado y yo seguía siendo una vieja conocida con la que se había reencontrado, se divertía y le hacía el tiempo más ameno. Y

con la que le gustaba pasar esas fechas tan especiales.

Decidí bloquear en mi mente cualquier pensamiento negativo. Tenía que disfrutar de los días que me quedaban con él.

Después del almuerzo, dimos un paseo por los alrededores. El lugar era precioso y yo no dejé en ningún momento de tomar fotos. Incluso nos hicimos algunos selfies juntos.

Una de las veces, me tumbé en la hierba a tomar el sol, cerré los ojos para disfrutar de tan buena sensación. Cuando el silencio se hizo largo, abrí los ojos lentamente y lo vi. Estaba sentado, a mi lado y mirándome directamente a la cara.

Esa mirada me hizo estremecer, ahí pude sentir que yo también estaba llegando a ser algo más para él.

Me levanté corriendo y eché a correr, dispuesta a romper esa situación que se había abierto entre los dos, eso de estar mirándonos a los ojos, con las miradas tan desnudas... Decía demasiado y, aunque estaba deseando que ocurriese algo con él, me asusté.

Lucas me siguió rápidamente y me dio alcance. Me cogió por la cintura y me levantó en el aire mientras decía: te pillé.

Los dos caímos al suelo mientras reíamos.

Nos costó recuperar el aliento, pero cuando lo hicimos, nos levantamos y volvimos a la cabaña.

Tomamos una larga ducha cada uno y, tras preparar una cena ligera, nos sentamos en el sofá. En la misma posición que las otras veces, mi cabeza apoyada en sus piernas.

Ambos decidimos leer esa noche, así que mientras cada uno estaba enfrascado en el libro que llevaba, nos hacíamos compañía.

Era una situación fuera de lo normal, a veces me daba la sensación de que parecíamos un matrimonio.

Teníamos las mejores conversaciones del mundo, podíamos hablar y bromear sobre cualquier tema y, a la vez, podíamos disfrutar de los enormes silencios, sin hablar, simplemente haciéndonos compañía mientras realizábamos las actividades que nos gustaran.

Y eso me caló demasiado hondo, me empecé a dar cuenta de que ese hombre estaba siendo demasiado importante para mí y de que, cuando el invierno se acabara, iba a sufrir por su marcha.

Cuando el sueño nos venció, nos fuimos a la cama. Apoyé mi cabeza en su pecho mientras él me rodeaba con su brazo y me dispuse a dormir.

## Capítulo 5

Amanecí sobresaltada por un estruendo que se había escuchado fuera, era el ruido como del estallido de una bomba. Lucas se levantó rápidamente y me dijo que no me moviese de la cama, salió hacia afuera para comprobar que era lo que había pasado. Volvió muerto de risa diciendo que se había liado la de Dios, ya que traían en un gran camión otra cabaña para poner en el recinto y esta se había soltado y caído, por lo visto algo de lo que llevaba atado se había soltado, así que se había acabado de liar una tremenda y estaban allí todos los trabajadores intentando recoger la madera lo más rápido posible.

Comenzamos a desayunar, esa mañana Lucas tenía un brillo especial en su mirada y no paraba de coger mi mano y llevársela a la boca para besarla o hacerme caricias en ella.

— No quiero que llegue esta noche —dijo ante mi asombro.

— ¿Por qué dices eso, Lucas?

— Mientras no acabe el año, estaré siempre a tu lado, pero en el momento que empiece el nuevo, comenzará la cuenta atrás para que termine este invierno.

— Pero tú tenías ganas de que pasase pronto para estar junto a ella, ¿no?

— Eso era antes Dana, antes de comenzar a enamorarme de tu sonrisa y de tu forma de ser, por supuesto estoy deseando ver al Julie, la echo mucho de menos, pero a ella la tendré si Dios quiere toda la vida y a ti solo lo que dure este invierno.

Esa confesión me impactó, acababa de confirmarme que yo no me inventaba las cosas, que realmente sentía algo por mí. Y aunque una parte de mí lo intuía, otra se negaba a creerlo, supongo que esperando esas palabras.

Aunque dolía escucharlo, sabiendo que llevaba la razón y que lo nuestro terminaría pronto. Tomé aire, dispuesta a seguir con la decisión que había tomado de vivir todo al máximo con él. Y si teníamos algo y después tenía que decirle adiós, al menos me llevaría ese recuerdo. Estaba segura de que a él no podría olvidarlo nunca.

— Bueno, pues disfruta de estos momentos —dije con una hermosa sonrisa a pesar de la tristeza que habían causado sus palabras en mí.

— No te imaginas lo que me estoy aguantando de poder hacer lo que en muchos momentos me apetece, pero me da mucho pudor faltarle al respeto a mi mujer y hacer algo que a nadie le gustaría que nos hiciesen.

Esas palabras me hirieron aún más. Me deseaba tanto como yo a él y no podíamos hacer nada.

— Tienes razón, Lucas, por eso yo también estoy aguantando mis ganas, respetando en todo momento tu situación, pese que yo no tengo nada que ver y a mí no hay nada que me ate —dice poniendo cara de pena mientras me tomaba un sorbo de café. Pero era la verdad, ya no teníamos por qué ocultar nuestros sentimientos. Estábamos poniendo todas las cartas sobre la mesa.

— Gracias, Dana —dijo mientras se acercaba para darme un beso en la mejilla.

Sin yo darme cuenta de lo que iba a hacer, me giré y me lo plantó en los labios, nos quedamos mirándonos porque ninguno de los dos nos esperábamos que fuese a ocurrir este incidente tan maravilloso, por lo menos así lo sentía yo, aunque pedí disculpas, que no eran del todo sinceras ya que me había encantado que hubiese ocurrido eso, lástima que no había durado mucho tiempo, ya que ese roce de labios me había me había producido la sensación de haber rozado los más tiernos y delicados labios que jamás había besado.

Nos miramos cortados pero nos reíamos ante la situación que habíamos acabado de vivir.

Tras el desayuno nos dispusimos a preparar toda la comida para la cena de fin de año en la que él bromeaba que por fin iba a estrenar todas las velas que había llevado y poner la cabaña a modo romántico y acogedor, me decía que esa noche vamos a hacer un matrimonio sin sexo celebrando la salida y entrada del nuevo año.

Habíamos comprado marisco para ponerlo de entrante junto a unos canapés, así que empezamos a elaborar lo que sería el plato principal, que era lo que nos llevaría



más tiempo.

Bromeó varias veces con la posibilidad de hacer otra barbacoa, a lo que yo le contestaba que antes me comía la hierba que encontrara fuera aliñada antes que probar una más de sus carnes a la barbacoa.

Aprovechamos también para hacer la comida del mediodía.

Tenía ganas de ver el salón ya iluminado por aquellas velas, que añadido a la decoración que él había hecho, tenía que haber quedado precioso. Y no me equivoqué, el resultado había sido perfecto, me quedé sin palabras.

Pero tenía claro que iba a ser el fin de año más inolvidable de mi vida.

Tras preparar todo y dejarlo listo para colocarlo en la mesa por la noche, nos fuimos al porche a comer, eran las cuatro de la tarde, Lucas se tiró toda la comida lanzándome miradas que iban directas a mi corazón.

— Esta noche vamos a cenar con un delicioso vino, ese que he comprado es de los mejores que jamás hayas probado —dijo Lucas.

— Como siempre tan exagerado, mira que comprar cuatro botellas, si nos tomamos eso lo mismo aparecemos en el embalse flotando.

— O despertamos desnudos saber qué ha pasado —dijo bromeando.

— Puestos a elegir, prefiero esa opción al menos seguiría viva —dije riendo.

— Bueno, y si ya nos dan a elegir, si amanecemos desnudos, me gustaría acordarme de lo que había sucedido para no perder nada de detalle de una noche que seguramente sería perfecta —dijo guiñándome el ojo.

—Creo que me la voy a jugar y me voy a beber las cuatro botellas de vino —solté muerta de risa.

— Creo que me lo vas a poner muy fácil entonces, piénsate bien lo que vas a hacer —reía mientras hablaba.

— Como sigamos así, ¡empiezo a darle ya al alcohol!

— No, tenemos que estar perfectos para el comienzo de la cena y disfrutar de todas las delicatessen que hemos comprado y hemos elaborado.

— En el fondo te doy miedo, di la verdad.

— Para nada, tú no me das miedo, miedo me doy yo a mi mismo de las cosas que se me pasan por la cabeza.

— No te entiendo —dije para que me explicase mejor eso que yo quería escuchar.

— Sí, si me entiendes, tengo un lado de mi corazón diciendo que haga lo que me da apetece y otro frenándome para no cometer ningún error.

—Yo ahí no puedo opinar ya que no sería objetiva —dije poniéndole cara de circunstancia.

— La vida que es muy rara a veces, pequeña, cuando crees que todo va bien, llega algo y te lo desestabiliza, en ese caso tú eres la culpable de ello —dijo bromeando con un cuchillo como si me lo fuese a clavar.

— Sí, hombre, claro, ahora la culpa la tengo yo y no tú que eres el que has preparado todo esto —dije riendo.

— Yo no he preparado nada, todo han sido circunstancias derivadas, es casualidad la que ha propinado a que sucediese todo esto, sin darse cuenta que ya estaba entrando el tema corazón y contra él no se puede hacer nada, en esos momentos me acuerdo mucho de la canción de dos mujeres a la vez —comenzó a cantarla sin perder la mirada de mis ojos.

— Tienes razón, solo te puedo aconsejar que hagas lo que tu corazón te dicte.

— Si hiciera lo que él me dicta...

Estaba claro que él, al igual que yo, estaba desesperado porque sucediese algo entre nosotros, el hecho de estar casado y que fuera feliz con ella hacía evidente que era un desastre lo que estaba pasando entre nosotros. Evidentemente, mirándolo desde otro punto de vista, no me gustaría que me hiciesen eso, pero yo me moría cada momento más porque pasase algo entre nosotros dos.

Nos metimos hacia dentro para ver una película y descansar un rato para luego ducharnos y preparar la cena, pasamos toda la película echados juntos en el sofá y abrazados, me encantaba sentirme rodeada por sus brazos, además que emitía un olor extremadamente deseoso, ponía ojos en blanco solo de pensar que me moría por perderme en su cuerpo.

Viendo la película nos quedamos dormidos y luego, sobre las siete, me despertó, regalándome mil besos alrededor de mis mejillas. Cuando me levanté me dio un manotazo en el culo y me mandó a decir: a la ducha, cada vez lo veía yo más sueltcito con respecto a los actos que tenía para mí.

Tras la ducha me puse unas mallas negras con una camiseta de tirantes finitas del mismo color, ya que allí hacía calor porque teníamos puesta la calefacción, me puse unos zapatos tipo bailarina y me cogí una cola alta, me pinté un poquito pero todo a modo muy natural, menos los labios que me los pinté de un color rojo muy vibrante.

Cuando me vio salir del cuarto de baño, me dijo que parecía una bailarina y me recaló que estaba extremadamente preciosa. Preparamos la mesa y la comida y decidimos arreglarnos. Aunque estábamos los dos solos, habíamos traído ropa de fiesta para pasar esa noche tan importante.

Me puse el vestido largo negro de gasa que me había comprado especialmente para esa ocasión. Aunque cenase sola en casa, me gustaba hacerlo con una ropa bonita, recordando los tiempos en los que lo celebraba con mi familia.

Cuando llegué al salón me quedé boquiabierta. Lucas llevaba puesto un traje de chaqueta gris marengo que le hacía ver... Sin palabras, no podía ni describirlo.

— Wow... —dijo al verme.

— Sí, wow —repetí yo mirándolo intensamente, de arriba a abajo.

— No me mires así, Dana. Intento portarme bien y no hacer lo que tanto deseo —me advirtió mientras se acercaba a mí.

— Lo siento —dije al ver el fuego en su mirada, claro que ambos sabíamos que no lo sentía en absoluto, y mi tono al decirlo lo confirmó.

Él enarcó una ceja al pararse frente a mí.

— No sé si podré detenerme esta noche —parecía torturado.

— No lo hagas —le contesté.

Nuestro deseo del uno por el otro era demasiado fuerte, a esas alturas sabíamos que al final había dos opciones, o terminábamos cediendo o acabábamos separándonos para evitar tentaciones.

Y en esa cabaña la segunda opción no era viable.

Así que decidir ser franca con él, del futuro nos preocuparíamos después.

— Sé tu situación, Lucas, y me siento terriblemente mal por sentir lo que siento por ti. Pero no puedo evitarlo, lo que siento es demasiado fuerte para esconderlo. Y aunque también sé el final de todo esto, estoy dispuesta a vivir lo que sea contigo, al menos lo que quieras darme estos días que nos quedan aquí. Sin pedir nada.

— No puedo darte nada, cariño —dijo tristemente, acariciando mi mejilla.

— Lo sé —tragué saliva, evitando llorar—, tampoco te lo estoy pidiendo. Solo dejemos que las cosas fluyan, no forcemos nada.

¿Qué más podía decirle?

Se acercó lentamente a mí, su rostro a escasos milímetros del mío.

— Yo tampoco puedo evitar lo que siento por ti —susurró.

Y me besó.

Su roce fue suave y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero duró demasiado poco, solo eso, un simple roce de labios.

Cuando se separó, me miró a los ojos, como disculpándose. Negué con la cabeza, rogándole que no lo hiciera. Ojalá y aquello fuera a más, yo no podía sentir otra cosa.

— ¿Cenamos? —le sonreí. Teníamos un fin de año que celebrar.

— Por supuesto, cariño.

Me ofreció su brazo, nos acercamos a la mesa y me ayudó a sentarme. Después se sentó frente a mí.

## Capítulo 6

La noche pasó rápidamente, la cena duró más de dos horas pero se nos hizo corta. Estuvimos hablando absolutamente de todo, incluso nos contamos algunos “oscuros” secretos.

Recogimos la mesa y esperamos a poder ver las campanadas.

Tras casi ahogarnos con las doce uvas y celebrar el inicio de año con un beso que se nos fue un poco de las manos, fue algo más intenso que los anteriores roces de labios pero mucho menos de lo que ambos hubiéramos deseado, recogimos la mesa y la cocina.

Me senté en el porche, observando la luna llena tan preciosa que había. Lucas apareció con dos Gin Tonics y los colocó en una pequeña mesita que había allí.

— Se está perfecto aquí —dice emocionada, mirando el increíble paisaje iluminado por la luz de la luna que tenía frente a mí.

— No, es perfecto porque tú estás aquí.

Lo miré, emocionada. Esas palabras me habían llegado al alma.

— No llores —me secó un par de lágrimas de mis mejillas. Estoy intentando luchar contra esto pero me estoy quedando sin fuerzas, Dana, no me lo hagas más difícil, eso solo haría nuestra separación más dolorosa.

Asentí, lo entendía. Pero no podía evitar sentir lo que sentía.

Siguió acariciando mis mejillas unos segundos más, con las dos manos. Puso su frente contra la mía. Me dio un suave beso en los labios.

— No quiero parar —me dijo.

Sin pensármelo, junté sus labios con los míos. Al menos un buen beso me llevaría.

El toque fue eléctrico y el beso se intensificó. Duró más de lo que yo pensaba pero era como si ninguno de los dos pudiésemos parar. Y realmente era así, llevábamos demasiado tiempo deseando eso.

Me cogió por la cintura y me acercó más a él mientras hacía el beso más profundo y nuestras lenguas se entrelazaban.

Otra vez, sin pensar, me levanté el vestido y me senté a horcajadas encima de él, agarré su pelo e intensifiqué más el beso, si es que eso era posible.

Nos separamos al rato, ambos sin aliento.

— No debemos hacer esto —me dijo, su respiración demasiado acelerada.

— No —confirmé.

— Pero no quiero parar.

— Yo tampoco.

Me moví encima de él mientras lo miraba a los ojos. Ambos gemimos con el movimiento.

Me agarró el culo con las dos manos y me apretó contra él.

— Joder, Dana —fue lo único que dijo, pero para mí era suficiente. Lo deseaba tanto como yo a él, su erección me lo decía.

— No pienses en nada ni en nadie —le dije, esperando lo mismo de mí misma—, al menos hoy no.

Me miró varios segundos a los ojos mientras pensaba en mis palabras.

Sin decirme nada, empezó a bajarme la cremallera del vestido. Me lo bajó por los hombros, dejando mis pechos al descubierto.

Cogió ambos con las manos, primero acariciándolos, luego apretándolos un poco. Parecía saber qué era lo que me gustaba. Era estúpido pensar eso pero así lo sentí en ese momento.

Tocó mis pezones con los pulgares y, acto seguido, los lamió. La sensación era tan perfecta que pensé que iba a estallar de placer allí mismo.

Estuvo bastante tiempo jugando con mis pechos: lamiendo, chupando, mordiendo. Yo estaba cada vez más excitada y no paraba de moverme encima de él, iba a llegar al orgasmo simplemente con ese movimiento.

Introdujo una mano entre mis piernas y yo me levanté un poco, para que pudiera acceder mejor.

Sus dedos jugaron suavemente con mi clitoris mientras él volvía a devorar mi boca.

— No voy a aguantar mucho así —le dije, suspirando.

— No tienes porqué aguantar, cariño. Dámelo.

Mordió uno de mis pezones a la vez que introducía dos dedos dentro de mí y seguía acariciando mi clitoris. Empecé a temblar cuando el orgasmo llegó. No pude evitar que un pequeño grito saliera de mi garganta.

Había sido demasiado rápida, pero intenso. Las ganas de que él me tocara me tenían al límite.

Apoyé la cabeza en su hombro mientras él me acariciaba la espalda y yo intentaba recuperarme.

El silencio era absoluto, solo se escuchaban nuestras respiraciones volviendo a la normalidad.

Cuando estábamos completamente relajados, me hizo separarme de él y levantarme. Se levantó seguidamente y me tendió la mano.

Sabía hacia dónde se dirigía y me dejé guiar sin dudar.

Cuando llegamos a la habitación, me dejó de pie frente a la cama y se marchó. Regresó al poco tiempo con algunas velas, las cuales encendió, dándole a la habitación un aire romántico.

Se colocó frente a mí y terminó de bajarme el vestido, yo lo había dejado tal como él lo dejó en el porche.

La tela cayó al suelo y yo comencé a desnudarlo a él. Sin prisas, queriendo grabar ese momento para siempre en la memoria.

Cuando estuvimos los dos completamente desnudos, me tumbó en la cama y él se colocó a mi lado.

Comenzó a acariciarme con la yema de los dedos: cara, cuello, bajando por mis pechos, mi vientre, piernas, sin tocar donde yo más lo necesitaba.

Cansada de tanto juego, me giré y me coloqué encima de él. Lo hice caer sobre su espalda y me senté sobre sus caderas.

— Qué poca paciencia —dijo riéndose.

— Ninguna —me reí a la vez.

Me dejé caer sobre él y lo besé. Esta vez no fuimos dulces, esta vez la pasión pudo con nosotros, estábamos desesperados.

Con un movimiento nos hizo darnos la vuelta, quedando yo abajo y él arriba. Abandonó mi boca y empezó a lamerme el cuerpo.

Cuando su lengua tocó mi sexo, yo y estaba a punto de explotar de nuevo. Aplicaba la presión precisa sobre mi clitoris y me metió dos dedos de nuevo. Levanté las caderas, buscando más, mientras jalaba de su pelo.

Cuando me dio un pequeño mordisco, buscando más, llegué de nuevo al clímax.

Se tumbó a mi lado, besándome en los labios, con mi sabor en ellos.

— Es mi turno —le dije.

No necesito fallarte yo. Lo otro va lo haremos después.

— No, necesito toñarte ya. Lo otro ya lo haremos después.

Me hizo un gesto para que me pusiera encima de él, algo que hice muy gustosa. Cogí su pene y, tras tocarlo un poco, lo introduje dentro de mí.

— ¿Dana?

— Tranquilo, tomo la píldora.

Comencé a moverme, arriba y abajo, él, a su vez, agarraba mis pechos y mi culo, marcando el ritmo que necesitaba.

No tardó mucho en correrse, también estaba al límite, y yo lo hice con él.

Me dejé caer sobre su cuerpo y me abracé a él, sin querer separarme.

La noche pasó en un abrir y cerrar de ojos. No pudimos dejar de tocarnos en ningún momento. Y cada una de esas imágenes, de las caras que ponía mientras me introducía su pene en mi boca y lo torturaba, o cómo me miraba él cada vez que me tocaba... Todo eso quedaría grabado para siempre en mi retina.

Tras unos días en los que el sexo estuvo casi todo el día presente, tuvimos que volver a la ciudad y a la realidad.

Habíamos hablado de ello, mencionamos cómo nos gustaría quedarnos allí, pero ambos sabíamos qué es lo que había.

Sé que él se sentía mal por haber traicionado a su mujer, y yo por una parte también lo lamentaba, pero ocurrió y no me arrepentí de ninguno de los momentos en los que fue solo mío.

El trayecto de vuelta a casa lo hicimos en silencio, casi no hablamos, menos mal que era corto.

Llegamos cuando ya era de noche.

Aparqué el coche frente a mi casa, me bajé y saqué la maleta del maletero.

— Dana...

— No, ahora no es momento de decirnos nada. Han sido unas navidades perfectas. Hacía días, si alguien me hubiera dicho que esto pasaría, le habría dicho que estaba loco.

Necesitamos descansar y volver a la normalidad.

No es momento de hablar de nada, Lucas, por favor, hoy no quiero escuchar nada.

Solo quiero quedarme con lo que vivimos.

— Lo entiendo, yo también.

— Entonces vete a descansar antes de que te pida que entres y no haya marcha atrás de nuevo —sonreí.

Me dio un suave beso en los labios.

— Para mí también ha sido perfecto —me dijo antes de montarse en el coche y marcharse.

Observé cómo el vehículo se alejaba, me di la vuelta y entré en casa. Dejé la maleta en la puerta del dormitorio y fui a la cocina.

No habíamos cenado pero no me apetecía nada.

Me preparé un té caliente, me di una ducha rápida sin mojarme el pelo, me puse el pijama y caí rendida en la cama.





## Capítulo 7

Desperté en una mañana amarga acostumbrada a hacerlo junto a Lucas y ahora no tenía unos brazos que me abrazasen, yo lo estaba echando mucho de menos y eso que solo había pasado una noche sin él, tampoco habíamos quedado en nada, yo misma le dije la noche anterior que no era el momento, pero ahora me asustaba la idea de que me hubiera engañado y no sabía si ahora, al yo haberle dado lo que él podía haber estado buscando, ya no aparecería más. Vaya paranoia con la que había amanecido yo ese día, encima no tenía ningún mensaje de buenos días de él.

Tras un gran largo desayuno en el que solo hacía pensar y comerme la cabeza, me puse a limpiar la casa y lavar toda la ropa que había traído sucia del viaje.

Salí a la calle a comprar el pan y algo para preparar una comida ligera, al final decidí comer un sándwich porque el cuerpo no me pedía nada más, estaba muy triste, había pasado la semana más bonita del mundo a su lado y ahora me encontraba de nuevo en esa casa, sola.

Por la tarde me fui a dar una vuelta, tenía ganas de ir a comprar algo de ropa antes de que empezara la jornada escolar, me faltaban pocos días para ir a la vuelta al cole.

De repente sonó mi móvil y era Lucas.

— Hola, preciosa, estoy en la puerta de tu casa, ¿dónde te encuentras?

— Perdona no sabía que vendrías, como no he tenido noticias de ti, me he venido al centro de la ciudad y estoy en la avenida principal haciendo un poco de shopping.

— Ya sabes que soy de los que aparezco sin avisar, pero haces bien, no tienes por qué estar encerrada en tu casa. ¿Me permites que vaya a darte el encuentro y te invite a cenar?

— Claro, es una estupenda idea, te espero en el bar de la librería de la calle principal.

— Perfecto, dame diez minutos y estoy allí. Te adoro.

No me dio tiempo a despedirme cuando ya me había colgado, empecé a saltar de la emoción al comprobar que venía para volver a estar a mi lado, sabía que Lucas no me había engañado con esas miradas y emociones que me había transmitido.

Me senté dentro del bar a esperarlo, cuando lo vi entrar estaba guapísimo y se acercó para darme un abrazo y dos besos, evidentemente allí mismo no me iba a lanzar un beso en la boca.

— Anoche estuve a punto de volver a tu casa y meterme en tu cama, me costó la misma vida dormir sin estar en tus brazos —dijo ante mi asombro.

— Yo no lo he pasado nada bien tampoco, para qué voy a mentirte.

— Si me hubieras puesto un mensaje me habría colado allí en un minuto —dijo guiñándome el ojo.

— De todas formas me tengo que acostumbrar a estar sin ti, recuerda que esto durará lo que tú quieras, o como mucho lo que dure este invierno.

— Lo sé, cariño, estoy dispuesto a darte el invierno completo para ti, luego sabes que me tendré que ir, pero tengo la sensación de que lo haré sin remordimientos, pues estoy pasando contigo los días más especiales que jamás pensé vivir en este retiro temporal y, para ser sincero, ni en el resto de mi vida.

Solté una sonrisa pero estaba rota de dolor porque en el fondo sabía que cuando se acabara, se iría a hacer la vida que ya tenía construida y yo me quedaría aquí hecha pedazos, la verdad es que lo sabía perfectamente y no podía negar que estaba completamente enamorada de Lucas y que mi corazón iba a sufrir mucho cuando lo viese partir.

Salimos a seguir paseando y a comprar las cosas que no me dieron tiempo cuando él me llamó, luego nos fuimos a una brasería a cenar, para ser de noche nos metimos un atracón de carne impresionante. Luego nos fuimos a mi casa para despedirnos y una vez allí volvimos a caer en nuestros más profundos deseos, luego ya se fue porque tenía que ir al día siguiente temprano a llevar a su madre al médico a hacerse una revisión, así que nos despedimos y quedé en llamarme en cuanto pudiese.

Me acosté contenta por ese encuentro pero triste a la vez por todo lo que estaba percibiendo y era que esto iba a durar este tiempo y luego ya no lo tendría más, no paraba de repetirme esa frase en mi cabeza y eso me rompía de dolor, para colmo sabía que en cualquier ocasión me lo podía encontrar por la ciudad paseando con ella en una de sus vacaciones y visitas a su familia.

Por la mañana me desperté nerviosa perdida deseando recibir un mensaje de él, ya que era incapaz de hacer nada sin tener noticias y saber cuáles eran nuestros planes. Bajé a por el pan y a desayunar en esa cafetería que tanto me gustaba y charlé un ratito con Pedro, el dueño.

Me pasé todo el día en mi casa encerrada, sin tener noticias de él y eso me ponía muy nerviosa y triste a la vez. A las ocho de la tarde le puse un mensaje preguntándole si estaba bien y vi que lo leyó pero nunca me lo contestó, me quedé dormida llorando sabiendo que probablemente él había pensado mejor sobre lo que estaba sucediendo y había decidido romper con esto radicalmente, pero también me parecía muy injusto por su parte, ya que al menos podía tener el detalle de hablarme claro y decirme que no nos íbamos a ver más.

Me desperté esa víspera de Reyes y seguía sin tener noticias de Lucas y miré el móvil y estaba online pero no me había escrito aún.

Volví a la cafetería a tomar un café y me encontré con la sorpresa de que estaba allí Lucas con su madre, la cual se levantó corriendo a darme dos besos y me ofreció sentarme con ellos, cosa que en un principio me negué porque no sabía si a Lucas le iba a importar y no quería meterme tampoco donde no me llamaban pero rápidamente él me dijo que me sentase, todo el tiempo tomó el mando de la conversación la madre y un rato después se despidieron, yo también me fui.

Me metí en casa a llorar, tenía el corazón encogido ya que había visto que Lucas no había tenido ni el más mínimo gesto de cariño hacia mí, ni siquiera una mirada, estaba más atento al móvil que a cualquier cosa y no fue capaz de ponerme ningún mensaje. Me sentí rara y utilizada la vez por él, así que decidí que a partir de esos momentos, aunque me costase la vida, haría borrón y cuenta nueva.

Por la tarde decidí salir por la ciudad que tan animada estaba por las personas que compraban los regalos de última hora y yo aproveché para comprarme algunos caprichos y regalarme mis propios Reyes.

Las calles estaban tan bonitas que daba pena no poderlas disfrutar con la misma actitud que lo hubiese hecho en otro momento.

Entré en un bar a tapear unos pinchos y luego me fui hacia casa y coloqué el sofá con todas las cosas que me había comprado como si fuera una niña pequeña, pero me hacía mucha ilusión levantarme y ver mis cosas nuevas puestas y colocadas allí.

La mañana de Reyes y me senté frente a la chimenea con todos mis propios regalos puestos ahí, sin quitarlos, subí una foto al Facebook del sofá con los regalos y la chimenea encendida, con el siguiente comentario:

*“Por mucho material que recibamos este día, no hay mayor regalo es el que se le hace a nuestro propio corazón”.*

No sabía si lo iba a entender pero por lo menos leer estaba segura que sí, ya que no paraba de estar conectado tanto en Facebook como por el WhatsApp.

A los pocos minutos recibí un like de su parte, me daban ganas de matarlo de verdad, me estaba volviendo loca, ya tenía ganas de que empezase la jornada laboral para poder evadir a Lucas de mi cabeza.

Los dos siguientes días pasaron volando y sin recibir noticias de él, esa mañana me desperté sabiendo que era mi último día para tener libre antes de empezar el trabajo.

Intenté leer, ver una película... pero todo era imposible, estaba demasiado triste para concentrarme en nada.

Mis pensamientos volaban una y otra vez a esa cabaña, recordando cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos. Sus miradas, sus gestos de cariño.

En un ataque de ira, tiré el mando a distancia contra la pared.

Sabía que él en un principio intentó evitarlo pero las cosas ocurrieron. Ninguno de los dos pudo dejar de lado el deseo, era demasiado evidente lo que ocurría entre nosotros. Aún así, fue él quien me dijo que me daría ese invierno.

¿Y ahora desaparecía así, sin ninguna explicación más?

Comencé a llorar, enterré mi cara en el cojín y saqué toda la rabia y la tristeza que tenía encima.

Una llamada al móvil me hizo levantar la cabeza rápidamente e ir a buscarlo, deseando en mi interior que fuera Lucas.

— Hola —dije cuando vi de quién se trataba.

— Vaya... hola, hermanita, qué efusividad.

— Lo siento...

— ¿Estás bien? ¿Estabas llorando?

— No, no, es solo que me cogiste medio dormida —mentí.

Me encantaba hablar con mi hermana, pero en esos momentos no me apetecía nada.

— Estuve esperando tu llamada estos días para que me contaras sobre cómo pasaste las fiestas, pero no me llamaste. Te llamé yo varias veces y no respondiste —me recriminó, aunque preocupada.

— No me encontraba bien, una gripe, y sabes, y tenía el móvil en silencio —mentí de nuevo.

— ¿Estás mejor?

No me gustaba engañarla, la pobre se preocupaba demasiado por mí, pero no tenía otra opción.

— Sí, ya incluso salí a hacer algunas comparas. Es solo que me duele aún un poco la cabeza y necesito descansar.

— Pero mañana comienzas las clases.

— Por eso te digo que quiero descansar lo que resta de día.

— Oh, pues entonces te dejo tranquila pero por favor, llámame mañana y dime que estás mejor.

— Claro, no te preocupes. Estaré bien.

Corté la llamada rápidamente y me levanté del sofá. Me preparé un café y me senté en el sofá a tomármelo mientras miraba por el ventanal.

El día pasó lentamente y yo apenas comí nada. Solo tomaba café y té y vagueaba en el sofá. Me levantaba, paseaba por la casa, intenté incluso ponerme a ordenar armarios.

Nada...

En ningún momento podía mantener mi mente despejada y olvidar a Lucas.

El no saber qué estaba pasando me estaba matando.

Por la noche, y ya enfadada conmigo misma, tomé un largo baño relajante mientras escuchaba música celta y conseguía olvidarme de él por unos instantes.

Me obligué a cenar algo y me puse a leer el libro que tenía a medias. Conseguí despejar la mente un rato, es lo que tenía leer sobre crímenes, podías fantasear con que eras la protagonista de la novela y deshacerte de quien quisieras en tu mente. Y yo, en la mía, ya me había deshecho de Lucas varias veces.

Me tomé otra pastilla para menguar el dolor de cabeza y me tumbé en la cama, móvil en mano.

Revisé las notificaciones que tenía de Facebook y decidí coger la tablet y ver una película acostada. A ver si en ese momento podía.

El cansancio hizo mella en mí rápidamente y me quedé dormida mientras miraba la pantalla sin ver y volvía a recordar a ese hombre que me tenía destrozada y apenas los últimos días debido a su indiferencia.

## Capítulo 8

Por fin empezaba mi jornada laboral, esa mañana me desperté un poco más optimista porque ya iba a coger la monotonía, llegué con una sonrisa me he puesto de trabajo y me encontré de nuevo a mi compañera y buena amiga Patricia. Cómo llevábamos días sin vernos, decidimos ir a la cafetería de enfrente para tomarnos el café en la puerta mientras nos fumamos un cigarro y nos poníamos al día.

— He pasado las Navidades más inesperadas y diferentes de lo que había estado imaginando —dije con cara de pena.

— ¿Qué te ha pasado Dana? —preguntó mientras frotaba mi brazo intentando calmarme con cariño.

— Antes de Navidad me reencontré con un compañero de estudios de toda la vida, esa mañana desayunamos juntos en la cafetería donde nos encontramos y a partir de este momento todo cambio de repente, se me coló el día de Nochebuena dispuesto a pasarla junto a mí y luego me propuso irnos hasta el día dos a una cabaña en la montaña, nos fuimos a pasar los mejores días de mi vida a ese lugar.

— Entonces es bonito lo que te ha pasado, Dana, ¿por qué tienes esa cara?

— Verás, él está casado y vive en Alemania, a su mujer la mandaron a rodar un documental a Kenia y se ha ido todo el invierno, él decidió pedir excedencia allí y venirse aquí tres meses para no estar solo en ese país, prefería pasar los días de su mujer aquí en León con su familia.

— Madre mía, te has liado con un casado y te has enamorado de él, ¿verdad?

— Sí, Patricia, además al principio él no quería que pasase nada entre nosotros pero poco a poco fue la cosa poniéndose más intensa y terminó ocurriendo lo que tenía que pasar, él me dijo muy claro que lo nuestro duraría lo que dura el invierno.

— Vas a sufrir mucho, pero disfruta este momento hasta que él se vaya, ahora mismo tenerlo por aquí y no poder estar con él te hará más daño que haciéndolo y luego ya cuando se vaya tendrás que asimilarlo y reconducir tu vida.

—El problema es que después de la vuelta vino a buscarme, yo estaba paseando y estuvimos toda la tarde y noche juntos, pero a partir del día siguiente no ha respondido a mis mensajes ni se ha puesto en contacto conmigo, me lo encontré en esa cafetería con su madre y me ofrecieron sentarme y luego volvió a desaparecer.

— Lo mismo estuvo ese tiempo contigo para aprovecharse y vivir una experiencia fuera de su matrimonio, ¿no lo has pensado?

— A veces sí, pero que luego recuerdo todo lo que pasó y le costó dar un paso conmigo que tengo claro que las miradas y los sentimientos que vivimos juntos no eran fingidos, creo que ha cogido un ataque de pánico, que se siente culpable de lo que le ha hecho a su mujer, porque él está feliz con ella, y se habrá pensado mucho mejor tener esta aventura conmigo.

— Vaya papeleta, amiga, me duele mucho verte sufrir de esa manera, intenta mejor pensar que te has pegado las vacaciones de tu vida, intenta olvidarlo porque si no... vas a terminar enferma de aguantar tanto dolor.

— Lo que más rabia me da es que no sea capaz de sentarse a hablar conmigo y explicarme qué le pasa, él sabe que yo lo entendería perfectamente, aunque me doliese.

En ese momento mi amiga me dio un gran abrazo y me dijo que no le diese más vuelta a mi cabecita, pero eso era inevitable no podía hacer nada contra ello, ya era demasiado tarde y echaba mucho de menos a Lucas.

La vuelta al instituto estaba haciendo el primer día de lo más normal, parecía que el alumnado venía muy relajado de estas fiestas, apenas costó trabajo poner la rutina diaria, cuando me di cuenta ya era la hora de salir de trabajar, pues sería muy bien ha quedado todo el día entero ya que así me llevaría lo suficiente como para no estar pensando en Lucas.

A la hora de la salida me estaba esperando Patricia, estaba claro que no quería dejarme sola en esos momentos tan de bajón que estaba pasando.

—Te invito a comer —dijo agarrándome del brazo y llevándome con ella

— Vale, aunque no tengo mucho apetito, pero acepto la propuesta, me vendrá bien que me dé un poco de aire y además ahora te toca a ti contarme qué tal te

han ido estas vacaciones.

— Perfecto, te contaré absolutamente todo aunque es prácticamente lo mismo de todos los años, pero que a mí tanto me gusta.

— De eso se trata, de hacer exactamente lo que a cada uno le apetezca.

Nos fuimos hacia un restaurante que nos gustaba mucho y servían unos menús muy económicos y sobre todo muy cuidados, era un placer comer en aquel lugar.

Cuando entramos no me lo podía creer, estaba allí Lucas, sentado justamente en la mesa de al lado a la que nos habían asignado a nosotras, estaba con un chico, no me dio tiempo a decirle a Patricia que aquel era Lucas cuando él se levantó y se vino hacia mí para darme dos besos. En ese momento se lo presenté a mi compi, que al escuchar su nombre y ver mi cara se dio cuenta de que se trataba de él.

— ¿Cómo estás, Dana? —pregunto con voz cabizbaja como si le estuvieran apretando el alma.

— Estoy bien —dije mirándole seriamente a los ojos.

— Me alegra saberlo —dijo con talante serio.

— Bueno me alegro de verte, que aproveches —dije mientras me dirigía hacia mi mesa, que ya se había encargado Patricia de que nos pusieran un poco más separados.

— ¿Es él, verdad? —dijo mi amiga mientras yo me sentaba.

— Sí, Patricia, quiero morirme, no entiendo nada y para colmo está con ese semblante tan dolorido que parece que le estuviesen arrancando el corazón, sé que ha tenido que pasar algo para que el tomase la decisión de apartarse de mí de esa forma tan desmesurada.

—Lo que no entiendo es por qué no te ha contestado a los mensajes y se ha dignado en hablar contigo, ¿tan difícil es que te ponga en antecedentes de lo que le ronda por la cabeza o lo que siente en esos momentos? —dijo mi amiga sin entender al igual que yo la actitud que había tomado Lucas.

— Yo tampoco, pero créeme que él estaba conmigo, que su mirada era diferente a la de ahora y tenía un brillo muy especial. Bueno, cambiemos de tema cuéntame qué tal tus vacaciones.

—Pues como todos los años, me fui al pueblo con la familia, como ya sabes, nos reunimos allí toda la familia por parte de mi madre. Todos los días hacíamos algún tipo de actividad económica o de paseo por los alrededores de compras para Reyes, eso que tanto me gusta a mí hacer en estas fiestas, ha sido como un lapsus de relax y familia, poco más.

— Bueno, al menos has venido con energías renovadas —dije guiñándole el ojo.

Terminamos de comer y él aún seguía y con su acompañante, tenía que pasar por su lado para salir de allí y al verme se levantó de nuevo.

— Hasta luego, Dana — dijo con voz triste.

— Adiós, Lucas —dije sin pararme, además de dejarle claro que no había un hasta luego.

Salí hacia fuera con todo el dolor del alma y mi amiga no sabía qué hacer para que me cambiase ese rostro que había quedado tan desencajado.

Me despedí de ella, ya nos volveríamos a ver al día siguiente en el trabajo, se fue con mal cuerpo de verme tan cabizbaja pero le dije que no se preocupara que ya se me pasaría, solo sería cuestión de tiempo.

Empezar las clases después de vacaciones siempre era un caos. Los alumnos venían bastante despistados, aún con la resaca de las fiestas y, entre eso y las reuniones extra laborales que teníamos todos los profesores para planificar el trimestre, tuve unos días bastante ajetreados.

No tenía tiempo ni para pensar en Lucas, pero por las noches era insoportable.

Iba con unas ojeras al trabajo de apenas dormir que ya ni el corrector de ojeras lograba disimular.

El jueves me levanté decidida a cambiar la situación. No sabía qué le había pasado o qué le estaba pasando a Lucas, pero la cuestión era que él se había alejado de mí y yo tenía que superarlo.

De todas formas, pensé, antes o después habría pasado, así que se acabó la tontería.

Siempre recordaría los momentos que vivimos juntos y seguía enamorada de él, pero su vida era otra y no era junto a mí.

Así que, un poco más fuerte, me arreglé, cosa que no hacía últimamente, para ir a trabajar y me dispuse a pasar el día sin venirme abajo.

Todo salió bien. Estuve bastante ocupada con mis alumnos y por la tarde quedé con Patricia para tomar un café.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó cuando me senté rente a ella en la cafetería, cuando llegué ya estaba esperándome.

— Mucho mejor.

Enarcó las cejas, sin creermelo.

— No tienes que mentirme —me dijo.

— No lo hago, Patricia. Si no antes, después habría ocurrido, nuestro final estaba escrito. Es cierto que me duele la manera en que se marchó o se alejó de mí pero yo no puedo hacer nada. Quizás si supiera las razones, cuando me había prometido pasar este invierno conmigo, podría llevarlo mejor. Pero él lo decidió y ya no importa el porqué.

Yo tengo que continuar mi vida y, aunque lo siga queriendo, no puedo hacer nada más.

— Me parece muy bien, así me gusta verme —me sonrió mi amiga—. ¿Qué te parece si después de tomarnos el café nos vamos de compras? Me encantan las rebajas, y a ti sé que también. Podríamos cenar algo antes de ir a casa también.

— Claro —le agradecí con otra sonrisa—, siempre que no lleguemos tarde que mañana trabajamos —le saqué la lengua.

Nos tomamos dos cafés al final y nos comimos un croissant de chocolate cada una. Salimos del bar y nos dirigimos a unos de mis centros comerciales favoritos. Estaba repleto de gente.

Entramos en la mayoría de las tiendas, bromeando y riendo mientras nos probábamos ropa y nos hacíamos fotos.

Acabamos las compras con varias bolsas cada una, esta todo súper barato y salimos muy contentas con todo lo que habíamos adquirido.

Nos paramos en un McDonald a comer algo para cenar y, al acabar, nos despedimos y nos dirigimos cada una a nuestra casa.

Llegué y saqué de las bolsas todo lo que había comprado, les corté las etiquetas y los separé para los distintos lavados. Era una manía que tenía, no me ponía la ropa nueva sin lavarla antes.

Agotada, me di una ducha rápida, me sequé el pelo y me tumbé en la cama mientras buscaba una serie para ver en la tablet.

La verdad que los días así, ocupados, ayudaban mucho a mi mente. Excepto por la conversación que tuve con Patricia, Lucas había aparecido muy poco por



mis pensamientos. Estaba segura que si no hubiera tenido cosas que hacer, seguiría muerta de la pena.

Por más que lo intentase no podía olvidarlo, pero seguía con la resolución de continuar mi vida como siempre.

Mandé un WhatsApp a Patricia y le pedí que me aconsejara una serie o película para ver, ya que yo no era capaz de encontrar nada que me enganchara en ese momento.

Busqué la que me dijo, una comedia, y pude volver a evadir mi mente y a olvidarme de Lucas por esa noche.

Y lo agradecía, lo necesitaba para dormir y descansar.

Me acomodé bien en la cama, con la seguridad de que poco a poco, todo volvería a la normalidad.

## Capítulo 9

Era el último día de trabajo de esa semana, me desperté ese viernes llena de incertidumbre y con ganas de hacer algo fuera de lo común para olvidarme los momentos tan malos que estaba pasando sin noticias de Lucas. Por más que decidiera ser fuerte, o intentarlo, y decidir seguir sin él, esa resolución solo me ayudaba conciliar el sueño algo mejor. Pero duraba poco, volvía a venirme abajo y la tristeza volvía a apoderarse de mí.

Me fui andando hacia el instituto planteándome la posibilidad de coger el coche cuando saliese e irme a pasar el fin de semana a alguna parte, irme de visita turística, no tenía claro qué quería hacer pero no podía quedarme encerrada todo el fin de semana en mi casa.

Esa mañana me tomé un café frente al instituto sola ya que Patricia no había ido a trabajar porque su madre se había puesto mala y había tenido que pedir el día libre, ella no volvería a León hasta el domingo por la tarde.

A las dos salí del instituto dispuesta a hacer una pequeña maleta e irme en el coche a la aventura, al traspasar la puerta de salida mi cuerpo se quedó inmóvil al comprobar que estaba allí parado frente a mi trabajo, me quedé bloqueada de ver a Lucas ahí, que al verme empezó a caminar para darme el encuentro.

—Hola, Dana —dijo con voz triste.

—Hola —respondí secamente, mirándolo a los ojos.

Estaba que me moría por dentro, pero no le iba a dar ni la más mínima de mi sonrisa ya que me había hecho mucho daño.

—Quiero hablar contigo, ¿aceptas que te invite a comer?

—Quizás otro día, ahora voy para mi casa a hacer la maleta que salgo de viaje.

Y su rostro era triste en esos momentos, le había cambiado para emitir uno de dolor.

—¿Puedo saber adónde vas? —preguntó en voz bajita y casi sin fuerzas.

—Necesito tomar aire el fin de semana, aún no tengo decidido adónde ir, lo haré a la aventura, si quieres a la vuelta me llamas y quedamos para hablar —solté para no ponerle las cosas tan fáciles.

—Dana, ¿vas sola? —preguntó extrañado.

—Por supuesto, para viajar solo hace falta tener ganas y emprender el viaje, y muchas veces hace falta perderse para encontrarse a uno mismo, así que nada mejor que irme sola.

—Llévame contigo por favor, prometo no molestarte, solo quiero hablar.

—No me puedes hacer eso, Lucas, no puedes desaparecer sin razón y menos sin dejar un solo mensaje y ahora querer cambiar mis planes y venirme conmigo, ¿para qué?, ¿para a la vuelta volver a hacer lo mismo?

—Necesito que me escuches, necesito hablar contigo, pero sobre todo necesito explicarte algo que quizás te haga entender el porqué me he comportado de esta forma tan inhumana.

—Pues cuando vuelva, me llamas si quieres, que estoy dispuesta a escucharte.

—Por favor, Dana, no dejes que pase el tiempo y llévame contigo, recuerda que solo tengo un invierno para estar en tu corazón.

—A mí me hablas de tiempo, tú que te has encargado de dejarme fuera de tu vida sin ninguna explicación todos estos días.

—Dana, por favor te lo ruego, llévame contigo.

—Lucas, si solo quieres hablar conmigo, ¿por qué te vas a tener que pegar a mí todo el fin de semana?

— No te lo pido más, me voy contigo —dijo en tono firme y enfadado.

— No te vas a venir conmigo, no voy a volver a hacer lo que a ti te dé la gana.

— Te he dicho que me voy contigo y no hay más nada que hablar.

— Si me sigues, llamaré a la policía

—Llama a quien quieras, no me apartaré de tu lado hasta que alguien me lo impida seriamente.

—No entiendo qué vienes a buscar ahora, tienes a tu mujer y tu vida en Alemania, no entiendo tanta insistencia en meterte en mi vida ahora.

—Tú te has convertido en parte de la mía, Dana —dijo con el rostro desencajado.

—Claro, cuando pase el invierno me das una patada y ya no pertenezco a ella, ¿verdad? Esa es tu forma de meterme en tu vida —dije mientras empezaba a caminar hacia mi casa y él iba atrás siguiéndome.

—Tú sabías lo que había y estabas dispuesta a aceptarlo.

— ¿Yyyyyyyyyy? Ni que eso te diera derecho a decidir cuándo tengo que salir o entrar en tu vida —dije subiendo el tono.

— Pues ahora mismo estás dentro de ella.

— Pues hala, que sepas que me salgo.

— Ya, eso lo hablaremos este fin de semana.

— Te he dicho te vuelvo a repetir que no vas a venir conmigo a ninguna parte.

— Y yo te he contestado que voy a ir contigo a esa aventura que te vas a pegar sola este fin de semana, que no voy a permitir perder ni un día más estar a tu lado.

— No me toques la moral, Lucas, no me toques la moral o seré yo cuando tú te vayas para Alemania la que vaya detrás de ti porque no me da la gana de sacarte de mi vida, ¿te parece justo? Si es así y estás de acuerdo, puedes venirte conmigo.

— Voy a ir contigo, no te quepa duda.

— Adelante, pero luego agárrate a las consecuencias que esto conlleva, no vas a venir tú a imponer en mi vida lo que te dé la gana y luego a dejarme tirada como una mierda.

—Necesitas escucharme, Dana

—Ya te he dicho que cuando vuelva del fin de semana podemos hablar —dije mientras adelantaba el paso.

—Que tú puedes decir misa, pero yo me voy contigo.

—Intenta no enfadarme, por las buenas soy una santa, por las malas no te imaginas la que puedo llegar a liar.

—No me das miedo, Dana, precisamente tú no me lo das.

Me estaba poniendo de los nervios pero en el fondo estaba deseando que se viniese conmigo y comérmelo a besos, necesitaba escuchar eso que me iba a decir pero sobre todo estar a su lado, no paraba de rezar para que fuese verdad y que se viniera conmigo, pero yo iba a seguir en plan chula, no podía flaquear fácilmente delante

de él.

Llegamos a mi casa y abrí la puerta, sin mediar palabra entró corriendo detrás de mí, yo que iba adelante tenía que aguantar para no soltar una risa.

Me fui a la cocina y empecé a preparar dos sándwiches, le puse uno delante sin mediar palabra y luego con el mío en la mano me fui hacia la habitación a preparar el equipaje para el fin de semana.

Cuando salí para fuera estaba esperándome con los brazos cruzados.

— Vamos ahora a la mía a coger ropa o de lo contrario me voy con lo puesto.

Estaba aguantando para no reír, el pobre estaba desesperado por montarse en el coche y venirse conmigo.

— Tranquilo, te dejo en tu casa.

— No, no me dejas en mi casa, subes conmigo mientras yo aguanto la llave de tu coche por si me haces una jugarreta, pero yo me voy a ir contigo.

— Tú estás fatal, Lucas, pero si te quieres venir vente —dije mientras me dirigía hacia la puerta para salir ya de allí.

Él por supuesto iba siguiéndome detrás, se montó en el coche y fuimos hacia su casa y le dije que le esperaba abajo, sacó las llaves de mi coche y se las llevó junto a para asegurarse que no hacía una de las mías y me iba, a mí me hacía mucha gracia, pero tenía que evitar reírme a toda costa.

No tardo ni diez minutos cuando ya venía con su mochila, la puso en el maletero y se montó en el coche diciendo que ya podíamos irnos.

Yo salí de León y no sabía hacia dónde dirigirme, así que empecé a conducir, esa autovía llevaba directamente a Burgos, sería una de las posibilidades como parada para el fin de semana.

El trayecto en coche me lo pasé escuchando música y fumando algún que otro cigarrillo mientras conducía relajada, él no daba tema de conversación y yo, por supuesto, menos todavía, quería hablar conmigo pero cuando estuviésemos calmados y parados en algún lugar.

Llegando a Burgos vimos un camping con cabañas de madera y le pregunté si le apetecía quedarse allí y me dijo que por supuesto, así que aproveché para aparcar y a el coche y arrendar una de ellas para el fin de semana, por supuesto él no me dejó pagar.

Llegamos al alojamiento y dejamos todo allí colocado, las instalaciones tenían de todo, restaurantes, bares y un pequeño supermercado.

Fuimos directos para el bar a tomar un café.

— Dana, tengo mucho que explicar...

— ¿Verdad? —lo corté— Pero sabes... ahora no me interesa.

— Pero...

— Pero nada, he venido aquí a pasar unos días relajada y, si vas a amargarme la existencia, te vas a tener que volver a patas —dije borde.

La verdad que me moría de ganas de enterarme de todo pero no se lo iba a poner fácil, lo había pasado muy mal sin él y ahora no iba a echarme en sus brazos a la mínima de cambio.

Y esa mirada de dolor que él tenía no ayudaba a llevar adelante nada, ni a ser borde, parecía que estaba sufriendo tanto o más que yo.

Aún así, yo era demasiado cabezota, iba a acordarse de mí...

Me bebí el café rápidamente y me levanté. No le dio tiempo a reaccionar cuando salí sin pagar del lugar. Lo vi levantarse y tirar un billete en la mesa mientras salía detrás de mí.

En el fondo me daba pena, pero...

Entré en la cabaña y me metí directamente en el baño tras coger una muda para vestirme. Tomé una larga ducha caliente y salí cuando me noté relajada.

— ¿Puedo fiarme de que seguirás aquí cuando salga de la ducha? —me preguntó.

— Oh, pues no lo sé. ¿Tú qué piensas?

— Que eres capaz de dejarme aquí tirado —dijo sin dudarlo.

— No todos somos como tú —contesté irónicamente.

— Eso ha dolido, cariño...

— No me llares así —le señalé con el dedo, advirtiéndole—, nunca fui para ti nada, aparte de una distracción.

— Eso no es cierto.

— ¡Y tanto que lo es! Me dejaste sola sin explicarme nada.

— Para eso estoy aquí.

— ¿Sabes qué? Ya no quiero escucharlo.

—Lo harás —terco como una mula.

— Ya veremos... Anda, ve a ducharte. Soy la primera interesada en relajarme aquí unos días. Si es que me dejas hacerlo, claro.

Se marchó hacia la ducha. Yo aproveché para cocinar algo de cena.

Suspiré.

Sentirlo cerca era horrible para mí, sobre todo sabiendo que no debía tocarlo. Esos días iban a ser una auténtica locura pero iba a poder. Me había tratado muy mal, me había dejado tirada y yo aún seguía pasándolo mal. No se podía ir así por la vida, hacerme lo que me hizo a mí y ahora esperar darme sus razones y que con eso fuera suficiente.

Cuando terminé de cocinar, él ya llevaba un rato en la cocina, solo observándome.

Me eché una copa de vino y me senté en el sofá. Cogí mi móvil y me hice un selfie que rápidamente subí a Facebook con el título:

*“Aunque el dolor nos invada, siempre tenemos que encontrar una salida y, sobre todo, encontrarnos a nosotros mismos. Solo podemos confiar en nuestra propia persona”.*

Sabía que, cuando lo viera entendería el mensaje. Para eso lo había hecho, a ver si así podía entender mi actitud fría.

Aunque por dentro me muriera de ganas porque me tocara, me besara, me...

Corté mis estúpidos pensamientos cuando se sentó a mi lado.

— Puedes poner la cabeza aquí —se señaló sus piernas.

— Ya, claro. Y así camelarme y, cuando hayas conseguido todo el sexo que quieras, volver a dejarme.

— No digas eso, Dana, estás siendo injusta.

— ¿No lo fuiste tú al dejarme así?

— Sí —confesó—, pero merezco poder explicarme.

— Ya no me interesa —repetí.

— Claro que lo hace, tienes tantas ganas como yo de tocarme y no lo harás hasta que conozcas la verdad.

— Ni que fueras Brad Pitt, Lucas —bebí más vino, a ese paso me emborrachaba y no sabía qué era capaz de hacer.

— Me amas —dijo con orgullo.

— Creo que nunca te lo dije.

— No hace falta, Dana, te conozco. La manera en cómo te entregaste a mí lo dice todo. No lo harías con cualquiera.

Odiaba que me conociera tan bien.

— Igual que me amas tú, ¿no? —escupí las palabras, me hacía mucho daño todo eso.

El teléfono sonó, evitando su réplica. Lo cogí rápidamente, antes de poder ver siquiera quién llamaba.

— ¿Sí?

— Hola, guapa, ¿cómo va todo? ¿Llegaste bien? ¿Y adónde fuiste, por cierto? En el WhatsApp que me enviaste solo me dijiste que te ibas el fin de semana fuera.

Era Patricia, salí fuera de la cabaña y le pregunté por su madre. Me dijo que no era nada grave pero que tenía una gripe monumental y la pobre no podía ni moverse, pero que el lunes se reincorporaría al trabajo.

— Bueno, pero cuéntame —me dijo, siempre tan curiosa.

Le expliqué adónde me encontraba y que había alquilado una cabaña para pasar el fin de semana.

— ¿Sola?

— ¿Qué tiene de malo estar sola? —le pregunté cuando escuché el tono de su voz.

— Bueno, Dana, pues que no es normal. Te vas a aburrir como una ostra. Además, en una cabaña. Lo tuyo es el masoquismo, ¿eh?

— Y eso que no sabes lo peor —dije bajito.

— ¿Eh?

— Nada.

— Te he escuchado, lo que no entiendo a qué te refieres.

— ¿Todo bien? —preguntó Lucas, apareciendo de repente a mi lado. Lo bastante alto para que quien estuviera al otro lado del teléfono lo escuchara.

— ¿Lucas? —preguntó mi amiga.

— Es una larga historia —le hice un gesto e asentimiento a Lucas pero no me dejó hablar sola. Puse los ojos en blanco.

— ¿Estás loca, Dana?

—En cuanto llegue te cuento —le prometí a mi amiga.

—Está bien —suspiró—, pero no seas tonta y disfruta al máximo. De todo —comenzó a reírse, estaba claro que ella esperaba que perdonara a Lucas o que al menos me acostara con él. Pues no iba a ser ni una cosa ni la otra.

— Ja, ja —ironicé de nuevo—. Yo también te quiero.

Y colgué.

— No sabes lo que daría porque esas palabras fueran para mí.

Miré a Lucas a los ojos y vi el anhelo en ellos. Levantó una mano y me acarició la mejilla. Aguanté el tiempo necesario para sentir sus dedos sobre mi piel y me retiré inmediatamente, dirigiéndome a la cabaña.

Cenamos en completo silencio, sin decir ni una palabra. Nuestras miradas lo decían todo y, aunque a veces la mía mostrada cuánto lo echaba de menos, intentaba que sintiera lo dolida que estaba.

Recogí la mesa, fregué los platos y me fui a la cama. Me coloqué los cascos, puse música en mi móvil y me dispuse a dormir, decidida a olvidarme de él.

A la mañana siguiente me desperté de repente al notar que estaba apoyada en su pecho y él me tenía agarrada. No sabía en qué momento se acostó conmigo ni cómo había acabado en esa postura. Me di cuenta de que el móvil y los cascos no estaban en la cama, me los quitaría al acostarse.

Hice el amago de levantarme y su brazo me forzó a permanecer quieta.

— No te vayas, déjame al menos sentirte así un poco más —dijo con la voz de recién despierto que tanto me gustaba escuchar.

— Lucas...

— Por favor, Dana, no estamos haciendo nada y es muy temprano, solo descansa un poco más, ¿vale? —me rogó.

Suspiré y me acomodé de nuevo, cediendo a mis deseos.

Más tarde desperté sola en la cama, el olor a café invadía la cabaña. Me acerqué a la cocina y vi cómo preparaba dos tazas.

— Iba a llevártelo a la cama.

— No hace falta. Gracias —le dije cuando me acercó mi café.

— Mira, Dana —comenzó cuando nos sentamos en el sofá—, solo déjame que estos días disfrute de ti, al menos como amigo.

— Un amigo no hace lo que hiciste.

— Lo sé, pero estoy muriéndome sin ti.

No supe qué decir, seguía con la intención de seguir fría.

— Me gustaría dar un paseo —dije en cambio.

— Está bien, nos vestimos y, si quieres, preparamos un picnic y comemos fuera.

— Me gusta la idea.

— Vístete que yo me encargo de prepararlo todo.

Me levanté del sofá y fui a arreglarme.

Media hora más tarde salimos. El tiempo estaba frío pero el sol lo hacía más agradable. Caminamos en silencio, sintiendo la naturaleza.

Nos sentamos en un pequeño lugar a los pies de un riachuelo y Lucas sacó un termo que había encontrado en la cabaña y me sirvió un té caliente.

Me lo tomé mirando el agua, seguía inquieta. Tenía ganas de tocarlo, de besarlo, pero el dolor no me lo permitía. O quizás el orgullo. La cuestión era que no podía darle ni siquiera la oportunidad de explicarse.

Me descalcé y, aún sabiendo que tenía que estar fría, fui a mojarme los pies en el agua.

— Dana, no hagas tonterías, puedes coger un resfriado por eso.

Me encogí de hombros, me daba igual, se sentía bien.

Lucas se levantó al final e hizo lo mismo que yo, con tan mala suerte que se tropezó con una piedra que había en la orilla, perdió el equilibrio y acabó cayendo al río.

Yo empecé a descojonarme, sin darme cuenta de que se acercaba para terminar tirándome con él.

Acabamos los dos empapados, congelados y en el sofá de la cabaña tras una larga y caliente ducha y una manta que nos cubría.

— Nunca vas a perdonarme, ¿verdad?

El tono de dolor me hizo mirarlo rápidamente.

— No tengo nada que perdonarte, Lucas.

— Entonces al menos déjame explicarte.

— No quiero más mentiras.

— ¿Más? Yo nunca te he mentado.

— ¿No lo hiciste al decirme que volverías y no hacerlo?

— Tenía mis razones.

— Sí, que ya no me querías cerca.

— No seas idiota, Dana, no tienes ni idea de lo que dices —dijo enfadado.

— Y te sigo diciendo que no me interesa.



— Te quiero —conteso.

Me reí irónicamente.

— Tú lo que quieres es un polvo. ¿Tanto echas de menos a tu mujer?

Me arrepentí ese mismo momento de lo que había dicho.

— Te dije que volvería con ella.

— Sí, no hace falta que me lo recuerdes.

— Dana, por favor, solo escúchame. Solo te pido eso, después actuarás como creas y no te pediré nada.

Se había puesto de rodillas en el suelo, cogiendo mis manos.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza, yo también tenía ganas de terminar con todo eso de una vez, que me lo explicara y poder quitarme esa espinita.

— Te quiero, Dana, más de lo que puede imaginar. Cuando me di cuenta de eso, me entró el pánico y decidí alejarme de ti, pensando que tenía que estar equivocado, que mis sentimientos solo eran un error por los días que habíamos pasado juntos.

Pero no fue así.

No he podido sacarte de mi mente, no he podido olvidarme de ti. Lo que siento por ti es tan fuerte que me está destrozando. Te echo de menos.

Cuando me di cuenta del lugar que estabas ocupando en mi corazón, porque mi mente sabía que la tenías, me asusté. Pero alejarme no sirvió de nada.

Cuando el invierno acabe regresaré con mi mujer, a mi vida, y lo nuestro se terminará.

Pero por favor, no me castigues estos meses. No me obligues a estar sin tocarte, te deseo demasiado.

No sé qué será de mí después aparte de que jamás podré olvidarte, pero déjame ser todo para ti este invierno. Como lo eres tú para mí.

Lo miré, un poco asombrada por todo lo que me acababa de decir. Se veía honesto y sé que no era capaz de mentirme en algo como eso pero no podía pensar.

— Vine aquí a relajarme Lucas, te pido por favor que me dejes hacerlo. Tengo mucho que pensar.

Para mi sorpresa, aceptó, así que pasamos el día y la noche casi sin hablar, cada uno con sus cosas. Pero esta vez el silencio no era cómodo. Dormimos en la misma cama pero separados. Al día siguiente recogimos todo y nos dirigimos a la ciudad. Lo dejé en la puerta de su casa y me marché sin mirar atrás.

## Capítulo 10

Desperté por el ruido de los truenos, eran las seis de la mañana, ya decidí despertarme y quedarme tomando un desayuno relajada en casa hasta la hora de irme a trabajar.

Empecé a recordar el fin de semana que había tenido junto a Lucas, por supuesto era un momento perdido el no poder haber hecho nada con él, pero tenía que dejarle claro que no podía jugar conmigo de esa forma, si quería poner a prueba sus sentimientos que hubiera sido valiente y me lo hubiese dicho, pero estaba deseando tenerlo de nuevo otra vez en mis brazos.

Pero me sentí triste al pensar que quizás fui demasiado dura con él y tal vez, después de tantas negativas, se hubiera dado por rendido.

Suspiré. Ni yo misma sabía qué tenía que hacer.

Salí hacia el trabajo, por el camino iba con un café en las manos que había preparado en mi casa en el vaso especial para la calle, ya era el tercero que me tomaba esa mañana, así que me entró una ligera risa al pensar que como se me desataran los nervios, ponía toda la clase fina.

A las doce de la mañana recibí un mensaje de Lucas. Un alivio recorrió mi cuerpo cuando lo leí.

*“A las dos te espero a la salida del instituto y nos vamos a comer por ahí”.*

Me encantó recibir ese mensaje, no me voy a engañar, pero yo tenía que seguir en mi línea borde.

*“Estoy muy cansada del fin de semana, prefiero ir a descansar un rato, quizás otro día”.*

Dejé el móvil a un lado y espere a que me escribiese.

“No te estoy preguntando qué es lo que te apetece, te estoy afirmando que voy a por ti para ir a comer”.

Enarqué las cejas. La verdad que ese tipo de mensajes y contestaciones me ponían mucho, me encantaba verlo ahí, imponiendo lo que deseaba en esos momentos. Pero se suponía que él sabía que yo no iba a ceder.

Así que seguí dando las dos siguientes clases sin volver a mirar el móvil ni contestar a ningún mensaje, a la salida del instituto estaba en la puerta esperándome con una sonrisa en los labios.

— Hola, ¿adónde te apetece comer? —dijo mientras se acercaba a darme un beso en la mejilla.

— Estoy muy cansada, me apetecería ir para casa —solté para seguir haciéndome la dura.

— Perfecto, vayamos para allá —dijo abriendo camino para que yo empezase a caminar.

— Que yo sepa no te invitado —dije poniendo los ojos en blanco.

— Tampoco esperaba que lo hicieras, pero esta vez no te obligaré, si quieres, cuando lleguemos a la puerta de tu casa, no entraré, lo dejaré a tu elección, Dana, pero pasaré todo el invierno esperando cada día en la puerta del instituto a que aceptes querer estar a mi lado.

— Sí, claro, lo que dure el invierno, después te importare una mierda —dije mientras caminaba.

—No quiero, ni puedo obligarte a nada, pero cada día que esté aquí lo aprovecharé para verte, es lo único que podré llevarme conmigo.

Seguí caminando hasta la puerta de mi casa, entré hacia dentro y él se quedó fuera esperando a que le dijese si podía pasar.

—Adelante —grité desde el salón.

—Gracias —escuché mientras entraba.

Tenía preparada una pasta que había hecho la noche anterior, le eché una copa de vino mientras servía la comida, fue entonces cuando, al sentarme a comer, él se dispuso a hablar.

— Dana, sé que tienes derecho a estar como estás ahora mismo, me gustaría que el buen rollo volviese a nosotros, quizás no pueda darte lo que tú esperas de mí, pero te prometo que el tiempo que esté aquí no volveré a fallarte.

— ¿Y luego qué, Lucas?

—Luego sabes que tengo que volver, tengo allí mi vida y una mujer que no tiene culpa de todo lo que nos está pasando, no puedo partirme en dos.

—No te pido que lo hagas, pero tampoco entiendo tu insistencia en querer estar ahora conmigo hasta que acabe este invierno.

—Te lo expliqué en la cabaña. Siento algo muy fuerte por ti, sé que cuando me vaya me arrancaran un trozo de mi vida, pero el tiempo que esté aquí quiero pasarlo a tu lado, pero tienes el derecho a decidir si quieres o no pasarlo tú conmigo.

— Escúchame, Lucas, cuando empezamos a irnos juntos y todo lo que ha pasado yo era consciente de que esto tenía un final, he jugado con fuego y me he quemado porque yo también tengo unos sentimientos muy fuertes por ti, quiero disfrutar hasta el último momento que esté en estas tierras, pero si vuelves a desaparecer una sola vez, piénsatelo dos veces antes de volver a aparecer —acabé cediendo, tan grandes eran mis ganas de estar con él.

— Te prometo que no te volveré a fallar, si vuelven a mí los miedos, vendré contigo a protegerme de ellos —dijo mientras venía hacia mí para darme un fuerte abrazo que en ese momento y o le correspondí.

Nos tiramos en el sofá tras la comida y nos devoramos a besos, a él se le notaban unos sentimientos muy fuertes hacia mí, yo ya estaba enganchada a él hasta la médula.

Esa noche me dijo que quería quedarse a dormir conmigo hasta por la mañana que me fuese a trabajar y acepté encantada. Estuvimos todo el día en el sofá reboleado hasta que por la noche nos fuimos a la cama, me hacía mucha ilusión que se quedase allí conmigo a dormir.

Por la mañana me despertó el despertador y él no estaba a mi lado pero escuché un ruido en la cocina, así que al levantarme comprobé que me tenía preparado un café con unas tostadas.

Me acompañó hasta el Instituto y se despidió de mí quedando en volver a recogerme a la salida. Nos tiramos toda la semana así, quedándose en mi casa, me acompañaba al instituto y luego me recogía, con la diferencia que ya se pasaba las mañanas en mi casa preparando la comida.

El viernes, cuando me recogió, venía muy feliz y contento pero me decía que no era por nada especial. Al abrir la puerta de mi casa me dijo que entrase primera y pude descubrir un pasillo lleno de rosas rojas y blancas hasta el salón, donde había un gran centro de flores con las noventa rosas por cada día de lo que dura el invierno, dentro de ese centro gigante había una nota.

*“Gracias por compartir conmigo el mejor invierno de mi vida.*

*Te amo”.*

Empecé a llorar como una niña pequeña, con el corazón encogido, y él con las manos en la cabeza diciendo que si lo llega a saber no me preparan todo esto, que no quería verme llorar.

Mientras comíamos, me dio una cajita para que la abriese y pude descubrir que había una preciosa alianza y dentro grabado: *“90 días de amor”.*

Cuántos recuerdos se iban a quedar en mi cabeza y esa alianza que no me quitaría jamás de mi dedo pasase lo que pasase y conociese a quien conociera, pero iba a cuidar ese anillo con el que conservaría el más bonito de los recuerdos.

Pasamos una de las tardes más bonitas que habíamos tenido hasta ese momento, él sacó del frigorífico una tarta en forma de corazón que había hecho de tres chocolates. Encima con granos de chocolate de fresa había puesto las palabras “Te amo”.

Por la noche abrimos una botella de vino para acompañar una mariscada que había comprado en la plaza, por la mañana, mientras yo estaba trabajando.

Terminamos haciendo el amor como locos en cada rincón del sofá, quería disfrutar de cada minuto a su lado, el tiempo cada vez pasaba más deprisa y tenía que aprovechar cada momento que pasase junto a él.

Por la mañana despertamos con una ligera resaca, así que preparamos bastante zumo de naranja y luego tomamos el café con unas tostadas con jamón.

Me dijo que le apetecía pasear por una ciudad que no fuese León ya que allí nos conocía todo el mundo, así que a las diez estábamos saliendo directos hacia Oviedo así, nos tomaríamos por allí alguna sidra y pasaríamos por esa ciudad donde nadie nos conocía. Decidimos coger un hotel para esta noche en pleno centro de la ciudad, a las doce de la mañana ya estábamos entrando por la puerta del hotel.

Tras dejar las cosas en la habitación, nos fuimos a patear las calles y a tomar alguna sidra.

Lucas me llevaba abrazada todo el tiempo y no paraba de hacerme muestras de cariño, tenía al hombre perfecto a mi lado, era un sabor agridulce que no dejaba de dar altibajos a mi corazón, quería frenar el tiempo y que nunca pasase ese invierno.

Tras hacer varias paradas para tomar sidras, nos decidimos a ir a comer a un restaurante donde preparaban una variedad de pescado y marisco de muy buena calidad, él no dejaba de acariciar mi mano.

— Sé que cuando me vaya te voy a echar muchísimo de menos.

—Bueno, será más llevadero al lado de Julie.

— Una cosa no quita la otra, Dana, sé que me va a costar mucho trabajo acostumbrarme a estar sin ti.

— Más a mí, Lucas, que me quedaré sola y con el corazón roto —dije poniendo cara de pena.

— Solo espero que sepas calmar ese dolor lo antes posible, quiero que me recuerdes como algo bonito y no como algo que te hizo mucho daño.

— Ya, pero los sentimientos son los que mandan y ellos decidirán de qué forma lo llevarán, pero ya te digo que me duele y aún no te has ido.

— Sé que en alguna otra ocasión nos volveremos a ver y el destino nos pondrá de nuevo en el camino pero será muy diferente, solo espero que cuando llegue ese momento, tus ojos me transmitan alegría y no dolor.

— Si te vuelvo a ver, sé que irás con ella al lado, no quiero ni pensarlo, la verdad, cambiamos el tema y disfrutemos de los días que nos quedan juntos, que no son pocos.

Tras esa comida y una charla en la que nos dejábamos claro que íbamos a vivir el momento y a olvidarnos de la despedida, aunque eso iba a ser difícil, nos dispusimos a pasear por ese precioso centro que tenía la ciudad de Oviedo.

Al caer la tarde nos fuimos a tapear a los alrededores del hotel, terminamos tomando Gin Tonic, estábamos achispados y no parábamos de bromear y reírnos con todo lo que decíamos, cuando a Lucas se le ocurrió la brillante idea de ir a ducharnos para cambiarnos e irnos a una discoteca a recordar nuestra juventud.

Una hora después estábamos sentados a la barra de una discoteca llenísima de gente. Habíamos preguntado en el hotel y nos la había recomendado. Acepté encantada cuando me dijeron que lo que solía escucharse allí, más que nada, fue salsa.

— Joder, Dana, no tenía que haberte dejado salir con ese vestido —dijo Lucas mientras me agarraba más fuerte de la cintura y me acercaba a él.

Bajé la mirada para observar el precioso vestido azul que llevaba. Era un poco provocativo, pero nada del otro mundo.

— ¿Por qué? —pregunté sin entenderlo— No voy a permitir que nadie me diga qué debo ponerme y qué no —dijo a la defensiva. Si iba por ahí, él era el menos

indicado.

— No seas tonta, no es eso. ¿Cuándo nos vamos?

— ¿Por qué quieres irte?

Cogió mi mano y la puso directamente en su entrepierna.

— No es muy cómo andar con esto —me dijo al oído.

Me reí a carcajadas. No sería cómo para él pero yo disfrutaba de lo lindo sabiendo que lo tenía tan excitado.

— Acabamos de llegar, Lucas, ¿y ya te quieres ir?

— Sí —volvió a decir en mi oído—. Solo pienso en llegar al hotel, quitarte ese vestido y hacer que no dejes de decir mi nombre en toda la noche.

Joder, ahora era yo la que tenía ganas de salir pitando de allí.

— Una copa mientras bailamos y nos vamos —le prometí.

La copa se convirtió en varias más cuando conseguí que él me siguiera a la pista de baile. Estuvimos bailando agarrados todo el tiempo mientras yo comprobaba una vez más que era un experto bailarín.

— ¿Me vas a contar ya cómo aprendiste a bailar? —chillé.

—No —se rio.

—Eres, insoportable —puse un puchero.

— Pero me adoras así —me acercó a él y comenzó a besarme.

Los besos se nos fueron de las manos, así que decidimos dejar el lugar y volver al hotel.

Ya en el ascensor empezamos a meternos mano, no podíamos esperar a llegar arriba. Abrimos la puerta de la habitación casi a tientas, intentando meter la tarjeta correctamente sin separar nuestras bocas.

— La puerta —le dije cuando vi que la dejábamos abierta.

Le dio con el pie y la cerró de un portazo.

Su boca comenzó a bajar por mi cuello mientras yo andaba para atrás, buscando a tientas la cama.

Cuando la noté detrás de mí, nos paramos.

Lucas subió las manos y, sin previo aviso, rompió la cremallera del vestido.

Me reí, era un bruto, pero cómo me ponía eso...

Me separé de él e hizo el amago de acercarme de nuevo, pero negué con la cabeza. Me quedé unos segundos observándolo mientras él me devoraba con la mirada.

— Eso sobra —dijo refiriéndose a mi tanga, lo único que tenía puesto ya, además de los tacones.

Metí los pulgares, separando la fina tela de mi piel y, meneando las caderas, dejé que cayeran al suelo, quedado completamente desnuda delante de él.

Fue a tocarme otra vez cuando yo levanté la mano, impidiéndoselo de nuevo.

Me puse de rodillas y le desabroché el pantalón, dejándolo caer al suelo.

— No, cariño, si haces eso no voy a aguantar mucho —se quejó.

— Mmmm... Eso espero —reí—. Sabes que me encanta hacerlo —dije mientras la sacaba de los calzoncillos. Los bajé un poco para tener mejor acceso.

Jugué con ella un largo rato, acariciándola como sabía que le gustaba. Sus gemidos me decían que iba por buen camino aunque eso lo sabía yo de sobra.

Acerqué mi boca a su pene y la lamí desde la base hasta la punta, donde la rodeé con la lengua. Una gota de semen apareció, dándome a entender que no iba a aguantar mucho más. La lamí y gimió.

Me retiré un poco y él cogió mi cabeza entre sus manos para evitarlo, algo que yo aproveché para metérmela entera en la boca.

Comencé a chuparla y lamerla como sabía que le gustaba: despacio pero presionando con los labios en la parte de arriba.

— Dana, para, no puedo más —gimió poco después.

Nunca había terminado en mi boca y yo estaba dispuesta a que esa vez lo hiciera.

Aceleré el ritmo y la presión.

— Oh, mierda —dijo antes de correrse.

Me soltó la cabeza y me ayudó a levantarme.

— Gracias —dijo tras darme un beso en los labios.

— Ha sido un placer —sonreí ampliamente.

— Y ahora es mi turno.

Y así pasamos la noche, dando rienda suelta a nuestros deseos, sin reprimimos, sin guardarnos nada, sin vergüenzas...

A la mañana siguiente nos costó levantarnos. Habíamos tenido sexo durante prácticamente toda la noche y la verdad es que no habíamos dormido mucho. Pero solo íbamos a pasar un fin de semana allí y teníamos que aprovecharlo al máximo.

Recorrimos el casco antiguo de la ciudad y nos hicimos centenares de fotos juntos, algunas yo o él solos haciendo el payaso.

Almorzamos en un restaurante Casa Arturo, lugar que nos había recomendado en el hotel, donde se suponía que se hacían las mejores carnes a la brasa.

Me encantaba cómo de a gusto estábamos el uno con el otro y, a la vez, me daba tristeza pensar que era algo temporal y que cada día que pasaba, nos acercaba más a nuestra separación definitiva.

Después de almorzar, decidimos sentarnos en un sidrería y descansar, la verdad que estábamos agotados.

Llegamos al hotel después de cenar. Tras una larga ducha juntos, que se nos fue de las manos, caímos rendidos en la cama.

Al día siguiente nos despertamos, recogimos las cosas en las maletas para volver a casa. El trayecto fue agradable, ambos estábamos encantados con el fin de semana que habíamos vivido.

La verdad es que nos había unido mucho a los dos.

Legamos a mi casa, deshicimos las maletas de ambos porque Lucas decía que no volvía a la suya y terminamos de pasar el domingo abrazados en el sofá, dándonos besos y algo más.

## Capítulo 11

Desperté a la vez que Lucas y nos fuimos a preparar el desayuno antes de ir hacia mi jornada laboral, me llevé mi coche y ya que estaba lloviendo a mares.

Esa mañana, en la segunda clase, uno de los alumnos me sacó los nervios, estaba muy impertinente a pesar de tener 16 años, pero claro estaba que esa edad era muy mala, y aunque tenía unas muy buenas clase, quedaba en ella algún payaso y en este caso era él, así que estaba esa mañana deseando salir del trabajo por la movida que había tenido e incluso tuve que pedir su expulsión inmediata del centro durante un mes.

Tras recibir varios insultos y un montón de reproches que no venían al caso ni tenían que ver con la realidad, salí del centro deseando evadir un poco la cabeza y ahí estaba Lucas, esperándome, que ya estaba al tanto puesto que se lo había puesto por mensajes.

Él venía muy cabizbajo, pensaba que era por lo que yo lo había contado pero mientras comíamos descubrí que había tenido una acalorada discusión con su mujer, ella le decía que ya debía de volver a Alemania y que estaba bien con un mes que se había tomado de vacaciones, él se negó por completo y dijo que aquí se quedaría hasta que acabase el invierno. Por lo visto ella no se lo tomó nada bien, había llamado varias veces a casa de sus padres y, al descubrir que no estaba allí, estaba con la mosca detrás de la oreja, pero él la relajó diciendo que le apetecía estar solo y que se estaba dedicando a leer y hacer deporte.

No le había gustado nada ese enfado que había tenido con Julie, se notaba a leguas que la amaba con toda su alma, pero también que quería vivir hasta el último momento que pudiese aquí a mi lado.

Intenté animarlo pero pasó la tarde muy triste y pensativo, hasta que le dije que si le apetecía se podía ir ya para Alemania si se iba a sentir mejor.

— No, Dana, no quiero estar sin ti, de todas formas allí no lo podré arreglar nada hasta que ella no vuelva, de aquí no me moveré, quiero estar a tu lado.

—No entiendo que digas que tienes que arreglar algo con ella, ¿habéis terminado mal?

— No, no hay problema pero a ella le ha sentado muy mal que yo no quiero volver allí, pero bueno se le pasará, es lo que habíamos acordado antes de que se fuera, ahora no puede cambiarme los planes así porque así.

— Debes entender que tú estás allí, en un lugar extraño y que también te apetece volver a tus orígenes, aquí te sientes más arropado y allí completamente solo.

— Ella lo entendía perfectamente pero parece ser que es eso, que lo entendía y que ahora no lo entiende.

Tras caer la tarde y cenar, decidimos acostarnos rápido, pusimos una película en un canal de televisión y nos quedamos dormidos viéndola.

Esa semana hicimos la misma rutina de todos los días de acompañarme hasta el Instituto y luego recogerme a la salida, cada día me tenía preparada una comida diferente, la verdad que Lucas se desenvolvía muy bien en los quehaceres de la casa y me tenía el hogar como paño en oro.

El jueves, cuando me recogió del instituto, me dijo que el viernes por la tarde tenía que ir urgente a Trier, ya que le habían puesto por una vacante que había de una plaza que había pedido dentro de su trabajo y tenía que dejar los papeles firmados como muy tarde el sábado, así que cogería un avión el viernes por la tarde y volvería el domingo. Yo me estaba poniendo triste cuando me dijo que por favor lo acompañase, me dio un vuelco el corazón de la alegría y le dije que por supuesto, así que miramos los vuelos y salía desde Oviedo por la tarde directo hacia Frankfurt Hahn, que estaba a poco más de una hora de Trier.

El viernes me recogió en el instituto y salimos directos hacia Oviedo a coger ese vuelo, tras tres horas de vuelo llegamos a Frankfurt Hahn, justo al lado habíamos alquilado un apartamento para el fin de semana.

Fuimos andando porque estaba al lado, y ya había caído la tarde noche así que nos quedamos en el lugar, era un pequeño pueblo pegado al aeropuerto, al día siguiente cogíamos un autobús que nos llevaría a Trier y mientras se solucionaban las cosas, me quedaría paseando por aquel lugar.

Así que esa noche cenamos en Lautzenhausen, que era donde estábamos alojados pegado al aeropuerto, comimos comida italiana en un restaurante que había ahí, uno de los pocos que había en ese lugar, luego nos fuimos a una taberna y estuvimos un rato jugando al billar y tomando unas cervezas, sobre las doce de la noche nos fuimos a dormir.



Por la mañana nos fuimos a desayunar al restaurante que había donde habíamos alquilado el apartamento, y a las diez de la mañana cogimos el bus

que nos llevaría al precioso pueblo de Trier.

Lucas me dejó en todo el centro y él se fue a solucionar lo suyo quedando en llamarme en cuanto terminase, así que aproveché para hacer un poco de turismo.

Compré una guía en español y empecé a informarme un poco sobre ese lugar, era la ciudad más antigua de Alemania, en sus calles todavía quedan restos romanos y medievales y unos caminos llenos de historias que invitaban a adentrarse en ellos, un lugar que tenía la peculiaridad de hacer frontera con cuatro países siendo estos Luxemburgo, Bélgica, Francia y Suiza.

A las afueras de ese pequeño pueblo que llamaban ciudad, estabas rodeada de bosques y viñedos.

El lugar era muy tranquilo, pero con una belleza espectacular, parecía que estaba dentro de un cuento.

A la entrada estaba la famosa puerta negra de estilo romano y era la más grande que se conservaba en el mundo, considerada Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Me adentré luego en el barrio medieval judío, luego me fui a la plaza del mercado donde quedé atrapada por el ritmo que había en él, además de estar allí en la Fuente de San Pedro y la cruz del mercado, un montón de casas alrededor construidas de diferentes siglos, mucha gente paseando y todo lleno de cafeterías. Me senté en una para tomar una cerveza, estaba alucinando por la belleza de aquel lugar.

Lucas se demoró bastante, no apareció hasta las dos de la tarde que me dio el encuentro en esa plaza, venía feliz por haber conseguido ese puesto que tanta ilusión le hacía. Comimos por la ciudad y luego volvimos paseamos por las afueras para que viese los bosques y el río que pasaba por allí.

Al caer la tarde volvimos en un autobús para al lado del aeropuerto donde estaba nuestro alojamiento y pasaríamos la última noche, así que bajamos a cenar al mismo lugar y luego nos fuimos a la taberna a tomarnos algo.

Nos acostamos rápido ya que al día siguiente nuestro avión salía a las seis de la mañana.

Nos montamos en él y menos mal que nos habíamos tomado un café y unas buenas tostadas antes de subirnos a él, porque caímos en redondo y nos quedamos dormidos durante todo el vuelo.

A las diez estábamos aterrizando en Oviedo donde cogimos el coche y volvimos hacia León, a las doce de la mañana ya estábamos holgazaneando en el sofá de la casa.

Nos adentramos en la última semana de enero y eso quería decir que volvíamos a entrar en otro mes y cada vez se agotaban más nuestros días de invierno.

Esa semana retomamos toda las rutinas, él aprovechaba por las mañanas para ir a visitar a sus padres y hacer como si estuviese en su piso viviendo y no en mi casa.

Me daba mucho dolor ver cómo se iba ese mes, cómo se agotaban los días tan intensos que había vivido al lado de mi amor, pero aún nos quedaban cincuenta días por delante que pensaba seguir aprovechando a tope.

Ese último fin de semana de enero decidimos pasarlo encerrados en casa sin salir, el tiempo estaba horrible, no daba tregua alguna y no paraba de llover, hacía un frío insoportable y solo apetecía quedarse en pijama pegados a la chimenea, así que compramos una gran cantidad de caprichos para el fin de semana para no tenernos que mover de la casa.

Acababa de llegar del instituto y Lucas estaba abriendo la puerta cuando recibió una llamada que era de su mujer y se fue hacia la ventana para hablar con ella, yo me quedé en la cocina preparando todo sin hacer ruido, podía escucharlo contarle que había estado en Trier arreglando los papeles de su nuevo cargo. Por el tono de voz y cómo hablaba, estaba claro que a ella ya se le había pasado un poco el enfado que tenía con él.

Al terminar, antes de colgar, pude escuchar cómo le decía que la echaba mucho de menos y que la quería, que estaba deseando que pasasen los días para estar junto a ella. Era evidente que él estaba entre dos amores: por un lado estaba deseando volver a verla y por otro no quería despegar de mí, nunca creí que un hombre pudiese enamorarse de dos mujeres a la vez o al contrario, pero era evidente que a Lucas le sucedía eso, se había enamorado de mí pero seguía amando a su mujer con todas sus fuerzas.

Volvió a la cocina con el semblante feliz, me agarró por la cintura y me dijo que me preparase para pasar un fin de semana intensamente sexual, cosa que me hizo mucha gracia.

Había cocinado un cordero que le salió espectacular y yo aproveché para freír unas patatas y ponerlas acompañando a esa deliciosa carne.

Tras la comida nos fuimos al sofá a ver un poco la tele frente a la chimenea y, cuando nos dimos cuenta, eran las ocho de la tarde y habíamos dormido la siesta más grande de los últimos tiempos.

Por la noche nos duchamos y volvimos a ponernos el pijama, daba miedo mirar a la calle pues la lluvia caía con gran intensidad y los truenos eran muy seguidos, acompañados de grandes rayos.

Preparamos una ensalada con una gran variedad de frutos secos, huevo duro, jamón york y un sinfín de cosas que hacían que tuviesen un color y una vista muy atractiva para el paladar.

Tras la cena nos fuimos al sofá a ver una película.

Lucas no paraba de buscarme la lengua y estaba muy gracioso, yo estaba muy metida en la película y a él, como no le había entrado bien, pues no paraba de dar por saco y no me dejaba escucharla, yo ya no sabía qué hacer para que se callase y a que estaba muy bromista y no había Dios que lo parase.

Al final consiguió enfadarme y me fui a la habitación.

— Vamos, cariño, no te enfades —dijo mientras se tumbaba a mi lado, en la cama.

— Eres peor que un niño chico —me quejé.

— Solo estaba bromeando, amor. Venga, prometo portarme bien —dijo poniendo esa mirada de niño a la que no podía decirle que no.

Me di la vuelta, esta vez no iba a salirse con la suya. Empezó a hacerme cosquillas y yo me retorcí en la cama de la risa sin poder evitarlo. Cogí la almohada y le golpeé con ella, haciendo que se divirtiera aún más y empezáramos una guerra de cojines.

Acabamos tumbados boca arriba, con la habitación hecha un desastre, mirando al techo e intentando normalizar la respiración.

Ahora era yo la que me había puesto en plan juguetona, así que me senté sobre él.

— Como hagas eso, acabaremos muy mal —me advirtió.

Me encogí de hombros, como dándole a entender que no me importaba. En realidad era lo que estaba buscando y ambos lo sabíamos.

Me quité la camisa por la cabeza, dejando mis pechos al aire. Sus manos tardaron poco en cogerlos.

Acabamos exhaustos después de una intensa sesión de sexo y nos dormimos abrazados el uno al otro.

Poco después me desperté, me sentía bastante mal y corrí al baño a vomitar. Lucas se despertó inmediatamente al escucharme y llegó a mi lado, me recogió el pelo mientras yo vaciaba todo lo que tenía mi estómago.

Me ayudó a levantarme y me puso una toalla pequeña mojada en la frente mientras con la otra me refrescaba la cara, el cuello y los hombros. Pero yo comencé a temblar, me sentía helada y no era por el hecho de estar desnuda.

— ¿Estás mejor?

— No, tengo mucho frío.

Me tocó los brazos.

— Estás ardiendo —me dijo con el ceño fruncido y la cara preocupada.

Me ayudó a levantarme y me tumbó en la cama. Me arropó bien mientras yo tiritaba.

No sé cuánto tiempo permaneció así, poniendo toallas para intentar bajarme la fiebre, solo sé que yo no era muy consciente del tiempo.

Cuando abrí los ojos, vi encendida la luz de la mesita de noche. Gemí al mover la cabeza, me dolía demasiado.

— Hola, mi amor, ¿cómo estás?

Miré a Lucas.

— Me duele mucho la cabeza —me quejé.

— Normal, cariño, tuviste mucha fiebre.

Algo recordaba, aunque como si hubiera sido un sueño lejano.

— ¿Qué hora es? —pregunté al ver que fuera era de noche.

— Son casi las diez de la noche, has dormido todo el día.

Me quejé al intentar incorporarme.

— Necesito ir al baño —dije cuando vi que iba a reñirme por levantarme.

Me ayudó a llegar y a volver después a la cama.

Me dio un beso en la frente y se fue. Apareció minutos después con un té caliente que le agradecí infinitamente.

— El doctor de urgencia vino a verte esta mañana.

Lo miré con sorpresa.

— No lo recuerdo.

— Lo sé, apenas estabas consciente. Tuviste una fiebre muy alta. Te reconoció y...

— ¿Cuál es el diagnóstico? —pregunté, impaciente.

— Gastroenteritis. Así que dieta blanda unos días.

Puse una mueca de asco, como si yo pensase en comer en ese momento.

— Me diste un susto de muerte —me dijo mientras me abrazaba.

— Lo siento.

— No es tu culpa. ¿Te apetece un buen baño relajante?

Asentí con la cabeza, la verdad es que me sentía asquerosa.

Lucas me preparó la bañera con mis sales relajantes. Estuve allí hasta que el agua se empezó a poner fría.

Salí, me sequé el pelo, me puse el pijama y fui a la cocina.

— Tienes que comer —me puso un plato de sopa caliente en la mesa y me señaló la silla para que me sentara.

Le hice caso pero no pude comérmelo entero, la verdad que ni mi estómago estaba muy bien aparte de que necesitaba dormir, me sentía cansada.

Me volví a acostar y Lucas se acostó conmigo.

El domingo me levanté mucho mejor pero seguí con la dieta blanda, mi estómago no estaba bien del todo. Lucas no me dejó moverme, solo de la cama al sofá. Pero ya por la tarde me encontraba en condiciones y conseguí que al menos me dejara ayudarlo a hacer la cena.

Al menos pasaría una semana normal, estando ya recuperada.

## Capítulo 12

Febrero entró cargado de muchas emociones, Lucas todos los días tenía un detalle conmigo y me dejaba a diario detalles regados por toda la casa, un día me dejó un marco precioso de fotos y dentro escrito de su puño y letra: *“Te amaré siempre”*, otro día me dejó colgado en el cuarto de baño un precioso espejo en forma de corazón y arriba en una esquina grabado te quiero, otro día vi a un marco precioso de cristal transparente con una foto de nosotros dos de fin de año que pasamos en la cabaña, foto de los regalos fue una preciosa pulsera de cristal de Murano, otro día me llenó la nevera de post its con mensajes como “Te quiero”, “Nunca me olvides”, “Te amo” y un sinfín de mensajes que no pensaba quitar de allí en mucho tiempo.

Parecíamos una pareja de toda la vida, nos llevábamos genial y siempre estábamos muy atentos el uno con el otro, estaba viviendo el sueño de una mujer al lado de un hombre de un hombre que la hacía plenamente feliz.

En el tercer fin de semana de febrero volvieron esas lluvias tan fuertes, así que decidimos volver a hacer otra encerrona de pijamas del viernes hasta el lunes.

Volvimos a cargar de provisiones la casa y caprichos que se nos pudiesen antojar durante ese fin de semana de chimenea que íbamos a volver a tener.

Faltaba solo un mes para que Lucas se fuese y los días cada vez volaban más rápidamente, era una lucha por querer parar el tiempo y no poder hacerlo.

La última semana de febrero fue la más triste de ese mes, el lunes iba para el trabajo cabizbaja porque Lucas apenas hablaba y estaba muy hundido, cuando saliese de trabajar y fuese para comer con él, pensaba hablar, estaba muy afectado y se estaba comiendo todo él solo, aunque yo también lo estaba pasando fatal pero intentaba mantenerme más entera.

La mañana en el trabajo la pasé agobiadísima, esperando a salir para poder hablar con él ya que no conseguí hasta tarde ni una sola palabra, pero esa vez estaba dispuesta a hacerlo, teníamos que sincerarnos y pasar ese mal trago juntos.

Cuando salí del trabajo ya me estaba esperando en la puerta pero le costaba mucho sacar una sonrisa.

Al llegar a casa nos sentamos a comer frente a la chimenea.

— Lucas quiero que me digas qué es lo que te pasa, desahógate conmigo, por favor te lo pido.

Levantó la mirada con un gesto de dolor increíble.

— No voy a saber vivir sin ti, Dana, no voy a conseguir quitar de mi pecho este dolor que me oprime de pensar que pronto tendré que irme —dijo mientras sus ojos se humedecían y miraba hacia otro lado.

— A mí también me duele y me va a doler mucho más cuando te vayas, pero me dijiste que debíamos de disfrutar el tiempo que nos quedase juntos, por favor, cúmplelo tú también —dijo con los ojos humedecidos.

— Me siento un idiota, me siento como si no fuese capaz de coger las riendas de mi vida de nuevo, me da miedo quedarme atrapado entre dos mundos y que no me deje seguir hacia delante.

— ¿Tú te crees que a mí no? ¿Tú piensas que yo lo voy a tener más fácil?

— Por supuesto que no, ese es uno de los dolores que siento más grande, el que te quedes aquí sola sin que yo te pueda proteger ni consolar, eso es lo que me está volviendo más loco.

— Pues deja de sufrir por mi y hazme feliz el poco tiempo que me queda a tu lado —solté llorando a lagrima suelta.

Se levantó y se vino hacia mí a darme un fuerte abrazo y rompimos a llorar los dos con el corazón encogido, sabíamos que dentro de un mes ya no nos podríamos proteger el uno al otro ni darnos el apoyo que necesitaríamos en cualquier momento.

Sentí una impotencia que me oprimía el pecho y no podía dejar de llorar.

Tras un rato abrazados, nos dijimos que teníamos que sacar fuerzas de donde no las tuviésemos, pero que no podíamos quedarnos el poco tiempo que nos quedaba de esa manera.

Recogimos la mesa ya que no teníamos ganas de comer, hicimos dos cafés y volvimos a sentarnos abrazados frente a la chimenea.

El martes ya se levantó más animado y bromista y me acompañó hasta el instituto como todos los días.

Cuando me recogió venía con el coche y me dijo que me montase, que nos íbamos a ir a comer a una aldea cerca de Asturias, que íbamos a comer la mejor carne que había probado en mi vida.

Estaba muy guapo vestido y a mí se me caía toda la baba con él.

Entramos al restaurante y ya nos llevaron directo a la mesa que él había reservado telefónicamente.

Pidió una botella de Rioja, una sopa especial de la casa de entrante y luego una parrillada de carne que era todo un festejo para la vista y sobre todo para el paladar.

De repente empezó a sonar la canción de corazón loco, rápidamente Lucas me miró y me dijo que era su canción.

Nos mirábamos mientras la escuchábamos, era una verdad como un templo.

No te puedo comprender,  
corazón loco,  
no te puedo comprender,  
y ellas tampoco.  
Yo no me puedo explicar,  
cómo las puedes amar tan tranquilamente,  
yo no puedo comprender,  
cómo se pueden querer,  
dos mujeres a la vez, y no estar loco.

Merezco una explicación,  
porque es imposible seguir con las dos.

Aquí va mi explicación,  
pues me llaman sin razón, corazón loco,  
una es el amor sagrado,  
compañera de mi vida,  
esposa y madre a la vez,  
la otra es el amor prohibido,  
complemento de mis ansias,  
y a quien no renunciaré,  
y ahora puedes tú saber,  
cómo se pueden querer,  
dos mujeres a la vez, y no estar loco.

Aquí va mi explicación,  
pues me llaman sin razón, corazón loco,  
una es el amor sagrado,  
compañera de mi vida,  
esposa y madre a la vez,  
la otra es el amor prohibido,  
complemento de mis ansias,  
y a quien no renunciaré,  
y ahora puedes tú saber,  
cómo se pueden querer,  
dos mujeres a la vez, y no estar loco.  
y no estar loco, y no estar loco.

Cuánto sentimiento en esa canción, cómo se sentía el identificado con esa letra, no había mejor canción que pudiese describir cómo se sentía Lucas.

Intentamos animarnos de todas formas pero no contribuyó a que fuera más fácil, así que terminamos con unas risas y pasando una espléndida tarde metidos en aquel precioso restaurante.

Volvimos a casa temprano para preparar la cena y acostarnos pronto ya que al día siguiente tenía que volver a trabajar.

La semana pasó volando y ya lo que nos quedaba era el último fin de semana de febrero.

Decidimos pasarlo también en casa pero salimos a ratos. Fuimos al cine y al centro comercial. Nos hicimos decenas de fotos juntos y nos regalamos varias cosas uno al otro, cosas sin importancia material pero que siempre tendrían valor en nuestros corazones.

El fin de semana pasó rápidamente y, sin darnos cuenta, se nos fue otro mes.

## Capítulo 13

Ya estábamos en este maldito mes de marzo, faltaban poco menos de veinte días para que Lucas se fuese para siempre.

A veces le entraba bajones pero intentaba disimular delante de mí sobre todo porque me había prometido disfrutar conmigo al máximo y vivir los mejores momentos posibles.

Eso mañana en el trabajo no paraba de darle vuelta a la cabeza de cómo sería mi vida después de que él se fuese, me daba mucho dolor pensarlo pero no podía quitármelo de la cabeza.

Tenía ganas de salir y ya quedarme el fin de semana con él, levantarme a la hora que me diese la gana y poder disfrutar a cada minuto de su compañía.

Me llamó para avisarme que la comida que tenía preparada, no podía apartarla así que no podía venir a por mí, me hacía mucha gracia ya que yo vivía a cinco minutos y no hacía falta que lo hiciera, pero a él le hacía ilusión recogerme cada día.

Al llegar a casa me habían puesto todas las paredes llenas de pegatinas de corazones rojos con un mensaje de amor en cada uno, la mesa estaba preciosa preparada delante de la chimenea que tanto me gustaba, al fondo del salón un cartel de gigante que decía.

“Lástima que el amor de mi vida llegó después.

Sé muy feliz, pero nunca te olvides de los momentos que vivimos juntos.

Una parte de mi corazón se quedará siempre contigo.

No habrá un solo día de mi vida que consiga olvidarme de ti.

Te amaré siempre, Dana”.

Comencé a llorar con un sentimiento que era la primera vez que experimentaba, como si me hubiesen arrancado el alma en esos momentos, parecía como si fuese el día de la separación, ese cartel me había abierto la herida que pensaba que se abriría el día que se fuese, empecé a sentir un desconsuelo que era irrefrenable.

Me pidió perdón por haberme hecho pasar por esos momentos, le dije que era lo más bonito que me habían hecho en mi vida, pero que me habían hecho sacar todo lo que estaba oculto dentro de mí y que en cualquier momento tenía que salir.

Pasamos el fin de semana más romántico que había pasado hasta el momento, se notaba que Lucas me amaba con toda su alma, se desvivía por darme momentos que me hicieran totalmente feliz y me sacaran una bonita sonrisa.

El domingo, mientras comíamos, me decía que faltaba poco más de dos semanas para irse y que tenía la sensación de ir a un lugar desconocido, como si lo hiciese por obligación, que tenía muchas ganas de ver a Julie pero no le importaría esperar otros tres meses quedándose a mi lado, que tenía unos sentimientos muy extraños que le estaban volviendo loco.

— Se me va a romper el alma, Dana, se me va a romper el alma cuando te tenga que dejar aquí —decía abrazándome y llenándome de besos en mi cabeza.

— Intenta ser feliz, Lucas, y olvidarte de esta historia lo más pronto posible.

—No quiero olvidarla, jamás la olvidaré, que te quede muy claro.

— Ya sé que no me olvidarás, pero intento decirte que intentes olvidarte de lo nuestro y vuelvas a centrarte en tu relación con tu mujer, intenta que el dolor pase lo antes posible, no te quiero ver sufrir, Lucas.

— Yo a ti tampoco te quiero ver sufrir, Dana, me duele en el alma dejarte sola.

— No te preocupes, sobreviviré a ello —dije riendo a pesar de estar llorando como una magdalena.

— Claro que sobrevivirás, te deseo que conozcas a alguien que te quiera tanto como yo y que te haga todo lo feliz que te mereces, aunque me duela en el alma saber que estarás en brazos de otro hombre.

— Después de esto creo que me costará volver a tener una relación, cuando se quiere tan intensamente es muy difícil encontrar algo que te satisfaga de la misma forma, es más, no quiero enamorarme, aún así espero que pueda olvidar esto que siento tan fuerte por ti.

— Yo antes de venir era muy feliz con Julie, es una persona que quiero y amo mucho, creía que en la vida jamás una mujer podía hacerme sentir las cosas que solo ella hacía que yo sintiese, me sentía el hombre más lleno del mundo, para mí era la única mujer del mundo. Apareciste tú y poco a poco transformaste en mí unos sentimientos que yo no había conocido jamás, me di cuenta que todavía existía un amor mucho más fuerte, que era posible aún tocar el cielo pero con las dos manos. Jamás pensé que diría esto, pero por ti he llegado a sentir mucho más que lo que jamás he sentido por ella, por eso creo que me voy a sentir tan vacío que me va a destrozar el alma.

Mientras lo escuchaba no paraba de pensar que si sentía eso tan grande que él decía, por qué no se daba la oportunidad de estar con la mujer que de verdad amaba al 100%, pero era algo que jamás me atrevería a preguntar ni le comentaría nada, si no pensaba en hacerlo, sería por algo, yo no era nadie para plantearle algo tan delicado como decirle que lo dejase todo por mí.

Hacíamos el amor todos los días como si fuese el último, ese fin de semana lo pasamos perdidos totalmente en nuestros cuerpos, teníamos un ansia de deseo el uno por el otro que era irrefrenable.

La semana siguiente la pasamos llorando día sí día no, llegaba el penúltimo fin de semana juntos y también lo pasamos encerrados en casa amándonos hasta la saciedad.

Entramos en la última semana que pasaríamos juntos y la que por supuesto iba a ser la más difícil.

El lunes cuando me recogió del trabajo venía con el rostro descajado y los ojos hinchados de haber pasado la mañana llorando.

Llegamos a casa y no quería comer, por supuesto que yo tampoco, nos pasamos la tarde tirados en el sofá sin hablar, no dejaba de acariciarme el pelo, estábamos hecho polvo y no teníamos fuerzas ni siquiera para consolarnos.

El martes pasó más de lo mismo, Lucas estaba hecho un muerto viviente, pálido y había perdido unos kilos, no comía apenas nada y ni siquiera hablaba, no podía consolarse ni el mismo, tenía la sensación de que algo estaba empezando a morir dentro de mí.

La semana la pasamos rotos de dolor, cuando intentaba tener una conversación con él se echaba a llorar así que decidí intentar hablar lo menos posible.

El viernes me recogió con las maletas y nos fuimos a Oviedo en mi coche, él ya se había despedido de su familia y pasaríamos el fin de semana allí hasta el domingo que cogiese el avión.

Llegamos al hotel y me dirigí directamente al baño con mi maleta.

Saqué de ella un camisón negro, con medias a juego y ligeros que había comprado para nuestra última noche juntos y fui al baño.

Y aunque aún faltaban dos días para que se marchara, yo quería estrenarlo ya...

Me lo puse, me maquillé, me desordené un poco el pelo, salí. Estaba de pie, mirando por la ventana, pensativo.

Me acerqué a él intentando ser silenciosa pero no lo conseguí. Volvió la cabeza y me miró. Su cuerpo giró rápidamente para ponerse frente a frente.

— Wow...



Eso me hizo sonreír, como la primera vez que me lo dijo.

— Pronto te irás y quiero que este fin de semana sea especial.

— Contigo siempre será especial —me dijo.

En ese momento sentí que me derretía, me temblaban las piernas.

Le tendí la mano y la agarró rápidamente. Jalé un poco de él y lo llevé hasta la cama.

Le hice sentarse en ella y esta vez fui yo quien se puso de rodillas en el suelo, como había hecho él tiempo atrás, y cogí sus manos.

Empecé a hablar con voz temblorosa.

— Hace unos meses, cuando fui a desayunar al bar de siempre, me reencontré con el hombre del que hoy en día estoy enamorada —la emoción hacía mella en mi voz y temblaba, respiré hondo y seguí—. En ese momento no pude imaginar que él fuera a convertirse en lo que es hoy en día para mí...

— No es necesario que hagas esto —me interrumpió, negando a su vez con la cabeza pero con la voz emocionada y los ojos brillando por las lágrimas. Nunca lo había visto así...

— Shhh... —lo mandé a callar y le di un apretón en las manos— Necesito hacerlo —me dispuse a continuar—. Ese día me pregunté a mí misma si todo había sido un flechazo, quizás era una broma del destino o yo estaba perdiendo la cabeza. Pero no, mi intuición acertó y ese hombre, tú, llegaste a ser lo más importante en mi vida.

Me dolió cuando me dejaste, no era capaz de vivir ya igual sin ti, me hiciste mucho daño. Pero te amaba demasiado para no volver contigo y darnos la oportunidad de ese invierno tan maravilloso que hemos tenido, aunque sé que te hice sufrir un poco —le guiñé un ojo y sonreí, igual que él—. Quiero que sepas que yo sabía lo que ocurriría. Tienes una vida, tú me lo advertiste, nunca me diste falsas esperanzas.

Pero en el momento en el que te vayas por esa puerta, sé que yo no volveré a ser la misma nunca jamás.

Pase lo que pase voy a amarte siempre, nada ni nadie podrá ocupar el lugar que tú tienes en mi corazón —vi cómo una lágrima se derramaba por su mejilla y fue entonces cuando las mías empezaron a brotar sin control—. Siempre serás tú. Solamente necesito que sepas eso y que no te sientas culpable.

Las lágrimas no me dejaron continuar, apoyé la cabeza en sus piernas y las dejé salir.

— Dana, por favor, no llores —me pidió emocionado.

Me ayudó a levantarme y me sentó a su lado. Me abrazó hasta que yo fui capaz o me sentí fuerte para levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Me di cuenta que él también había llorado.

— Te amo —me dijo con voz ronca.

— Yo también te amo —sollocé.

Cogió mi cara entre sus manos y me besó. Al principio fue dulce, casi doloroso, después el beso fue haciéndose más profundo, como solía pasar cada vez que nuestros labios se tocaban.

Me hizo tumbarme en la cama y se acomodó encima de mí.

Empezó a desnudarme y yo a él, despacio, sin prisas.

Cuando nuestros cuerpos desnudos se tocaron, gemimos a la vez.

Habíamos hecho el amor cientos de veces, pero ninguna sería como esa ni como la primera vez que lo hicimos.

Esta vez parecía una despedida y dolía demasiado.

Besamos cada parte del cuerpo del otro, acariciamos, exploramos, como si quisiéramos grabarlo en el tacto además de en nuestras retinas.

Llegamos al éxtasis juntos y caímos desplomados en la cama, abrazados.

La emoción se apoderó de mí de nuevo y lloré. Él me abrazó fuertemente mientras yo pensaba en lo injusta que era la vida.

—Te amo, Dana —repitió.

Ni siquiera pude contestar, el saber que lo perdía iba a matarme.

Esa noche apenas dormimos, el deseo fue más fuerte que todo lo demás.

Despertamos el sábado abrazados y desnudos por la noche anterior tan fogosa que habíamos tenido.

— Buenos días, preciosa —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

— Buenos días, cariño —puse cara de pena.

— No me pongas esa cara, mi vida, me duele en el corazón verte así.

— En menos de veinticuatro horas y no estarás en mi vida, no puedo poner otra cara que no sea esta —dije mientras lo abrazaba fuerte contra mí.

— Ojalá se pudiese parar el tiempo, te voy a echar de menos con toda mi alma.

— Lucas, sé que no estaremos en contacto porque no te la puedes jugar ni hacer nada que pueda estropear tu relación, solo te pido que si algún día te sientes muy mal y me echas mucho de menos, le des algún me gusta a algo de mi Facebook, así de vez en cuando sabré que te estás acordando de mí.

— Dejaré que pase mucho tiempo antes de que haga algo así, es preciso que pase antes un buen tiempo para que podamos llevar mejor el dolor que vamos a estar sintiendo durante una temporada.

— Daría mi vida porque hoy no acabase nunca el día.

— Yo daría una gran parte de ella por haber sentido esto por ti en la época que estudiábamos juntos, entonces hoy en día todo sería diferente.

Hubo un momento de silencio antes de que él me propusiese irnos y a desayunar e intentar pasar el último día juntos de la mejor manera posible.

Bajamos a una cafetería de fuera del hotel, ese día estaba espectacular y desayunamos en la terraza.

Veía ir y venir a las personas y sobre todo a las parejas, sentía envidia de todas ellas ya que podían continuar una vida juntos sin tener una fecha de caducidad, eso realmente era lo que le había pasado a nuestra relación que tenía una flecha y estábamos ya rozándola.

Pasamos la mañana paseando por Oviedo y me compró varios regalos muy bonitos de estos que te duran toda la vida, como por ejemplo unos pendientes preciosos de oro muy chiquititos que me quedaban genial puestos.

Luego entramos en una tienda de ropa y me compró una chaqueta tipo cazadora de color roja, era preciosa me quedaba genial y dijo que cada vez que me la pusiera me iba a acordar de él, por supuesto que lo haría.

Luego nos fuimos a comer a un turco ya que teníamos ganas de comer unos kebabs, en el restaurante estuvimos charlando y echándonos miradas que lo decían todo

durante dos horas, era increíble pero podía ver el dolor detrás de su mirada, solo la forma de acariciar mi mano me transmitía lo que estaba sintiendo en esos momentos.

Por la tarde estuvimos paseando un rato y luego decidimos irnos al hotel, queríamos pasar las últimas horas solos y refugiados para vivir los últimos momentos que pasaríamos juntos.

Pedimos que nos subieran dos sándwiches para cenar, ya que no teníamos apenas ganas de comer.

Hicimos el amor de la forma más romántica y sincera que podían hacerlo dos personas que sentían que se amaban de verdad.

Nos quedamos tumbados boca arriba con las manos agarradas, él no paraba de decir que la vida le estaba dando el golpe más duro que jamás pensaría que podía recibir.

Yo apenas hablaba, ya todo estaba acabando, lo peor de todo era que yo lo sabía desde un principio, pero siempre tenía la sensación de que podía alargarse al máximo y que no iba a llegar el día, pero por suerte o desgracia siempre llegaba, no se podía hacer nada por frenar el tiempo.

Esa noche apenas pegué ojo, no podía dormir y estaba muy nerviosa, me daban ganas de pedirle que por favor no se fuera y dejar a todo por mí, pero no podía hacer eso.

A las seis de la mañana estábamos ya tomando el primer café en la habitación, yo lo miraba y él solo sabía negar con la cabeza de desesperación, yo seguía casi sin hablar.

Nos metimos en la ducha y volvimos a dejarnos llevar por nuestros deseos, sabíamos que sería la última vez que íbamos a tener una relación, eso me hacía llorar mientras lo tenía dentro de mí.

Luego nos vestimos, cogimos la maleta y bajamos hacia abajo para desayunar tranquilamente en la terraza antes de ir al aeropuerto, pero evidentemente ni las tostadas nos entraban.

Él no paraba de mirarme y poner expresión de dolor, yo le respondía con la mirada pero no me atreví a decir ni una palabra.

A las nueve de la mañana ya tuvimos que salir hacia el aeropuerto.

Cuando llegamos allí lo acompañé al mostrador de facturación y metió la maleta, aún le quedaban quince minutos antes de pasar el control de seguridad para embarcar, así que me acompañó hasta la puerta para despedirse de mí, no quería que yo lo viese atravesar esa puerta y ver cómo se marchaba.

Me abrazó fuertemente y comenzó a hablar.

— Intenta evitar todo el dolor que sea posible, recuerda esto como el invierno más bonito de tu vida, no te olvides jamás que te he amado de corazón y, de verdad, intenta ser todo lo feliz que puedas y, sobre todo, no permitas jamás que esté a tu lado alguien que no te ame con todo su corazón.

— Por favor, no hables más —dije poniendo mis manos sobre sus labios.

— Escúchame, Dana —dijo retirando la mano mientras la besaba.

— No sigas, por favor...

— Prométeme que vas a hacer todo lo posible por salir rápido de este dolor.

— No me digas más nada, Lucas, por favor te lo estoy pidiendo

— Tengo que irme, quiero que me prometas que vas a intentar ser feliz lo antes posible

— Lucas, por favor, no me digas más nada —dije llorando, rota por el dolor.

— Escúchame, Dana, hubiera dejado todo por ti, pero ella no se merece eso, pero que sepas que contigo hubiera sido mucho más feliz, te voy a querer todos los días de mi vida —dijo mientras me apretaba contra él para darme el último abrazo.

Cuando me soltó me dio un fuerte beso en los labios y cruzó la puerta para siempre.

Me fui hacia el coche llorando y al montarme en él, tardé como media hora en arrancar para irme ya que me encontraba desesperada y notaba como si me fuese a entrar un ataque de ansiedad.

Cuando comencé a sentirme un poco más relajada del ataque de nervios que tenía en lo alto, arranqué el coche y empecé a volver sola al que sería el principio de una nueva vida.

Durante el trayecto de regreso hacia casa me pasó por la cabeza toda la historia, desde el principio que me encontré con él en aquella cafetería, parecía como si estuviera reviviendo todo de nuevo a modo película, empezaba a ser consciente de que jamás volvería a tener nada con el hombre que se había convertido en el amor de mi vida.

Cuando llegue a mi casa y atravesé de la puerta, me di cuenta en esos momentos que todo estaba vacío y que nada volvería a ser como antes...

Continuará...

## **Agradecimientos.**

Nos gustaría agradecer a todos nuestros seguidores o lectores por el apoyo que nos han brindado desde el principio, tanto como autoras individuales como trabajando juntas.

El cariño que nos muestran día a día, tanto en las redes sociales como por privado, son dignos de agradecer para quienes nos dedicamos a esta profesión.

Por supuesto a nuestras respectivas familias, su ayuda es fundamental para que sigamos alcanzando nuestros sueños.

A todos y cada unos de nuestros amigos, por su confianza y cariño.

Sin vosotros nada de esto sería posible.

**Norah Carter – Monika Hoff.**